

2do Concurso de cuento y narración oral

Historias en Yo Mayor

2do Concurso de cuento y narración oral

Historias en Yo Mayor

Organiza:

Fundación Saldarriaga Concha
Fundación Fahrenheit 451

En alianza con:

Instituto Distrital de las Artes
Red Capital de Bibliotecas Públicas (BibloRed)
Sistema de Bibliotecas Públicas de Medellín
Red de Bibliotecas Públicas Comunitarias de Cali
Red Distrital de Bibliotecas Públicas del IPCC de Cartagena

Antología, corrección de estilo y compilación:
Javier Osuna, Mauricio Díaz y Sergio Gama

Jurados del Concurso:

Roberto Burgos Cantor, Alejandra Jaramillo y Francisco Barrios

Diseño:

María Camila Aguirre Rodríguez

© Varios autores.

ISBN 978-958-57084-4-0

Segunda Edición, 2012

Impreso por ESCALA S.A.
Dirección Calle 30 No.17-52
Tel: 287 8200

Impreso y hecho en Colombia

Índice

Prólogo: La voz de nuestros mayores 9

BOGOTÁ

La duda 17
Por Teresita León Zambrano

El día del juicio final 25
Por Susan Halliday Osorio

La mata de granadilla 33
Por Adiel Franco Gallego

CARTAGENA

En el cuarto oscuro 43
Por Celso Emiro Montoya Palencia

De mediodía pa' bajo 49
Por Bibleniza Pérez Seña

Alejandro Magno 55
Por Cirila Bravo de Verrío

MEDELLÍN

Un cumpleaños 65

Por Blanca Inés Jiménez Zuluaga

Desde arriba 73

Por Gustavo Vásquez Obando

De amarrar 81

Por Juan Bautista Vélez

Era un pillito 91

Por María Eugenia Villa

CALI

Apartamento 207 105

Por Hernando Aldana Velásquez

El pantalón delator 113

Por Jaime Ademir González

Dos es uno 121

Por Luis Ricardo Barreiro

La voz de nuestros mayores

Con el propósito de compartir con ustedes anécdotas y vivencias que personas mayores de 60 años han convertido en escritos y relatos orales, presentamos la segunda versión de Historias en Yo Mayor.

El libro, fruto del Concurso de Cuento y Narración Oral que lleva el mismo nombre, representa una memoria colectiva que busca ser reconocida y transmitida por distintas generaciones, pues cada experiencia, más que un recuerdo, es parte del pasado, presente y futuro de Colombia.

El concurso, que nació en Bogotá en 2011, producto de la alianza entre la Fundación Saldarriaga Concha y la Fundación Fahrenheit 451, contó este año con la participación de personas mayores de Bogotá, Cali, Medellín y Cartagena.

Con el apoyo de la Red de Bibliotecas Públicas de estas ciudades y del Instituto Distrital de las Artes de Bogotá, más de 700 hombres y mujeres presentaron sus trabajos, que sobresalieron por su calidad.

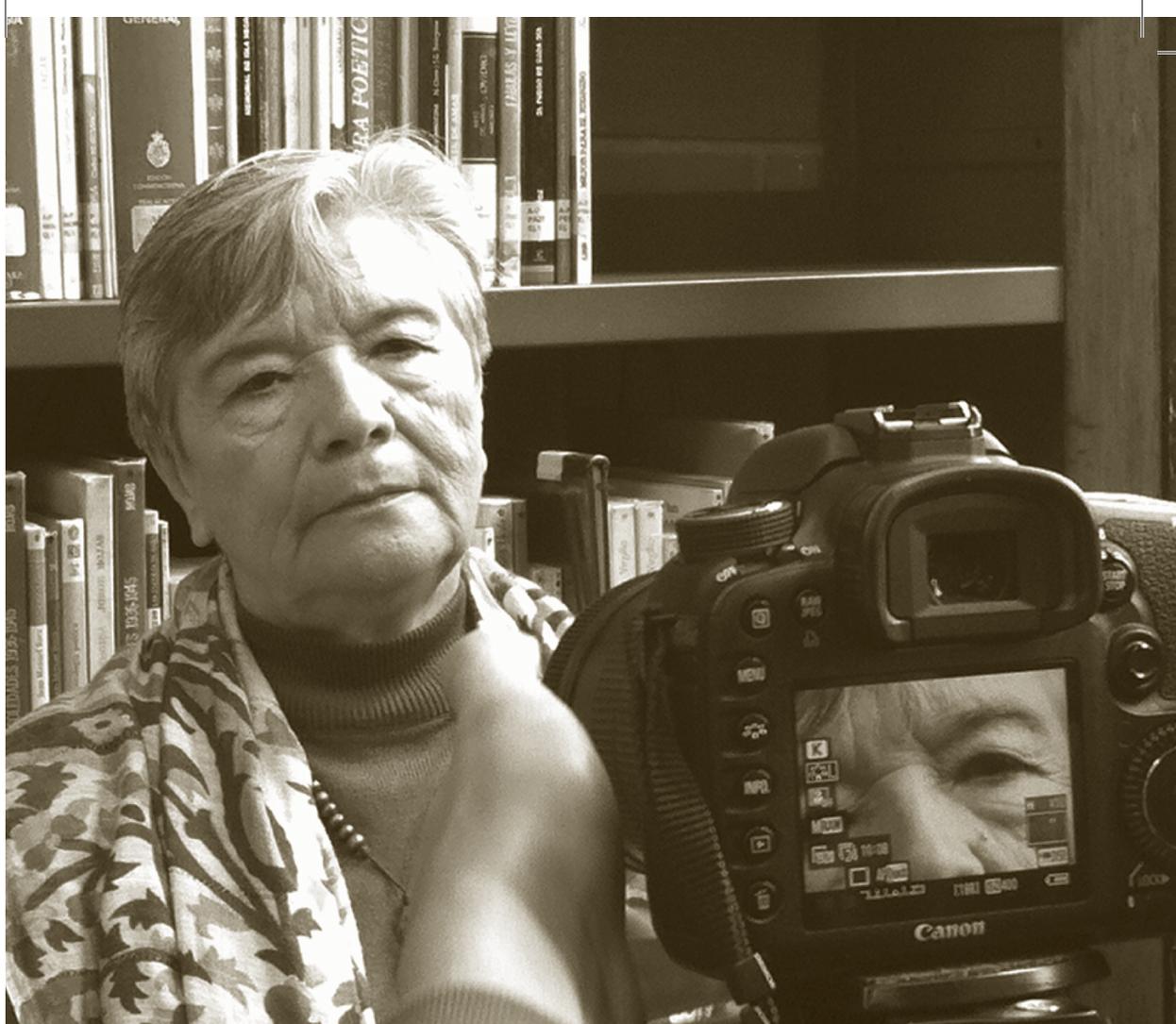
El jurado, conformado por Roberto Burgos Cantor, Alejandra Jaramillo Morales y Francisco Barrios, tuvo el reto de seleccionar las 24 mejores historias, que compartimos con ustedes en el presente libro que va acompañado de un DVD.

Así, Historias en Yo Mayor se convierte en un espacio para descubrir, comunicar y reconocer las distintas voces de quienes, con más de seis décadas vividas, tienen mucho para contarnos y aportar en la construcción de nuestra memoria como país.

Bogotá

Cuentos escritos: 165
Narraciones orales: 47

Biblioteca Pública Virgilio Barco
Biblioteca Pública El Tintal Manuel Zapata Olivella
Biblioteca Pública Parque El Tunal
Centro Cultural y Biblioteca Pública Julio Mario Santo Domingo
Biblioteca Pública de Bosa
Biblioteca Pública de Suba Francisco José de Caldas
Biblioteca Pública La Victoria
Biblioteca Pública Usaquén - Servitá
Biblioteca Pública Carlos E. Restrepo
Biblioteca Pública La Marichuela
Biblioteca Pública Arborizadora Alta
Biblioteca Pública La Giralda
Biblioteca Pública Las Ferias
Biblioteca Pública Puente Aranda Néstor Forero Alcalá
Biblioteca Pública Rafael Uribe Uribe
Biblioteca Pública de Venecia Pablo de Tarso
Biblioteca Pública de Perdomo Soledad Lamprea
Biblioteca Pública Lago Timiza
Biblioteca Pública La Peña
Biblioteca Pública Ricaurte Alberto Gutierrez Botero



Más de 90 personas mayores participaron en la categoría de narración oral del concurso Historias en Yo Mayor en Bogotá. La Biblioteca Pública La Giralda (localidad de Fontibón), al igual que las 20 bibliotecas públicas de BiblioRed, abrió sus puertas para que cuentos y anécdotas quedaran registrados en video.



Personas mayores participan en uno de los talleres de formación del concurso Historias en Yo Mayor. En esta ocasión, leen fragmentos de Cien años de soledad, del nobel colombiano Gabriel García Márquez.



El café literario de personas mayores de la Biblioteca Pública Parque El Tunal es uno de los más consolidados de Bogotá. Bajo la batuta del poeta Henry Alexander Gómez, preparan sus relatos para esta versión del concurso.



Alrededor de 380 personas mayores asistieron con paciencia e interés a los talleres de formación del concurso Historias en Yo mayor.

La duda

(Primer Lugar)

Por Teresita León Zambrano

Las Mercedes, Agosto 5.

Compadre, no se imagina el tiempo que me tomó decidirme a escribirle esta carta, pero es que tengo un nudo en el alma y un ardor en el pecho que no me deja ya dormir. Por momentos siento que se convierte en una gran bola de fuego que quema y consume toda mi humanidad. Estoy desesperado, ya no tengo calma y, por más que lo intento, las copas que solitario bebo, no logran apagar ni aliviar esta terrible sensación. Lo peor, compadre, como usted bien sabe, es que no cuento con ninguna persona cercana a mí, a quien pueda confiar esta tremenda pena. En tanto, me devano los sesos; las dudas que me asaltan, sin encontrar respuesta, taladran noche y día, sin descanso, mi cabeza. Creo que estoy a punto de enloquecer.

Usted se estará preguntando a estas alturas de qué se trata todo este asunto y por qué tanto misterio, pero antes de que intente contactarme, quiero rogarle que no comente con nadie nada lo que le estoy contando —mucho menos con la comadre Juana— y que una vez haya leído esta carta la queme, pues por mi tranquilidad y la de los que amo, necesito asegurarme de que el tema que nos ocupa sea manejado bajo la más estricta reserva posible. Imagínese compadre si no estaré deshecho, me enteré de que el corazón de mi amada Margarita ya no me pertenece; lo supe porque sostuve en mis propias manos un pedazo de la carta que ella escribió a mi cuñada Ana María, contándole detalladamente el suceso y, créame compadre Manuel, no logro entender qué pasó. Nunca le di motivo para que me hiciera algo así, pues cauteloso siempre he sido con mis escapadas y “las canas que suelo tirar al aire”. Éstas son las que nosotros los hombres consideramos naturales y que en mi caso

se han facilitado gracias al temperamento festivo que tengo y el dinerillo que siempre cargo en el bolsillo –fórmula que nunca falla cuando se quiere ir de “pesca”–. Estoy seguro de que desconocía mis andanzas pues cuando decidió viajar, (ahora lamento no haberla acompañado), su despedida fue amorosa, la sellamos con el beso acostumbrado. Necesito su ayuda compadre, yo sé de la inmensa amistad que une a la comadre Juana con mi cuñada Ana María y con Margarita mi mujer. Con absoluta seguridad la comadre debe saber de la existencia de la carta de la que yo le estoy hablando, entonces, compadre, se me ocurre que usted le pregunte en forma disimulada a la comadre si ella sabe noticias de mi Margarita, y cuando le esté contestando, la mira fijamente a los ojos con el objeto de que usted pueda apreciar si en su respuesta nota alguna actitud sospechosa que revele que, en efecto, sabe algo que, a nuestro juicio, podamos considerar fuera de lo normal y que a la vez permita confirmar mi sospecha. Por favor tan pronto sepa algo por pequeño que le parezca, me escribe, sella muy bien el sobre y lo envía con la Transportadora que llega al pueblo el día domingo en las horas de la tarde. Ansioso, estaré esperando su respuesta.

Su compadre y amigo.

Antonio.

P.D: Aquí le transcribo el pedazo de la carta que Margarita escribió y que se le cayó a mi cuñada; léala compadre, para que usted mismo juzgue si me asiste o no la razón.

El Rancho-Texas-Junio 30

Queridas amigas, hoy parto del rancho que me acogió y que generosamente compartió conmigo los secretos de su belleza. Ayer en silencio recorrí los alrededores, el día y la noche no pudieron ser más esplendorosos y quise pensar que en cierta forma era el lenguaje que utilizaba la naturaleza para despedirse de mí. En algunas circunstancias las despedidas son difíciles, en especial cuando sabemos que nuestro regreso es remoto o que nunca volverá a haber un regreso. Por eso el corazón se me encogió cuando me acerqué a Jack, (su nombre es raro pero yo le llamo así, amigo Jack), para decirle que mi ciclo allí estaba llegando a su fin y que el rumbo que mi vida debía tomar, me alejaría cada vez más de este lugar y de su lado. Él es muy especial, tiene tres meses de haber llegado al sector, sus ojos enormes de largas pestañas son hermosos, es de piel morena y textura fuerte, lamentablemente no habla inglés y yo no hablo su idioma. Es de origen asiático y le he tomado tanto afecto que me tomé el trabajo de investigar por la Internet para saber más sobre sus raíces. Me visita todos los días, se sienta a mi lado un rato, después salimos a caminar en silencio, nuestro encuentro es como un ritual que se repite invariablemente día tras día desde que nos conocimos y con la confianza ganada en todo este tiempo, hasta tengo un mechón de su pelo que guardo con cariño, ¡y pensar que en nuestro primer encuentro fui tan descortés!...

Y hasta aquí llega la “bendita carta” compadre, sin saber qué pasó después.

Bogotá, agosto 12

Compadrito Toño, usted casi me mata del susto con la carta que me envió. Tanto misterio me hizo temer lo peor, pues hasta donde yo recuerdo es la primera vez que usted me escribe en todos estos años (casi cuarenta) que tenemos de conocernos. Entiendo perfectamente la angustia que le acompaña y el deseo de tratar el asunto con reserva, utilizando tan inusual medio para comunicarme sus inquietudes y cavilaciones, lo que hubiera sido imposible si usted acude al servicio telefónico que presta la señorita Amanda, que como todos sabemos, se caracteriza no solo por tener el “oído muy fino” sino también por ser el medio de difusión mas rápido con el que cuenta el pueblo para conocer cualquier secreto. Así que, obrando de acuerdo al instructivo, procedí a preguntar a mi mujer si sabía noticias de mi comadre Margarita, ella respondió sin vacilar: “sé que la está pasando muy bien” y soltó una enorme carcajada, lo que en principio me llevó a solidarizarme con sus dudas compadre. Sin embargo, a renglón seguido, me contó que Ana María, su cuñada, había compartido con ella y el resto de señoras que asisten los jueves a “El costurero”, las noticias enviadas en una carta que quiso leerles pero que lamentablemente estaba incompleta, pues había perdido una parte sin saber cómo ni dónde, por lo que sospecho es la misma que llegó a sus manos y que encaja perfectamente con el relato inconcluso que, para mi sorpresa, sacó mi mujer de su cartera y que me dio a conocer. Se lo envió, para que usted mismo juzgue, “usando sus mismas palabras”. Pero antes de terminar permítame darle un consejo compadre, piense bien si vale la pena a su edad continuar

“tirando canas al aire” y seguir utilizando su particular “equipo de pesca” y no se me vaya a ofender con lo que le voy a decir: Yo nunca he tenido ni tendré el dinero que usted posee en el banco y que carga en los bolsillos, no lo necesito, pues me basta y sobra con el tesoro que para mí suman la Juana y mis tres muchachos que ella con tanto amor me regaló. Recuerde, es la voz de la experiencia de su compadre e incondicional amigo, que mucho lo aprecia.

Manuel.

P.D. A continuación le envió la parte de la carta que Ana María le dio a mi Juana y que leída en forma incompleta le causó tanta inquietud y dolor.

...Les cuento cómo lo conocí. Estaba sola almorzando en el jardín trasero, de pronto oí un ruido y, al voltear la cabeza, me encontré de frente con una cosa peluda de color negro, más alta que un perro, pero sin alcanzar el tamaño de un ternero, el pelo le cubría todo el cuerpo; en ese instante pensé en el oso que, se rumoraba, andaba merodeando por el sector; jamás había visto de cerca a un ser así y reaccioné saltando sobre la mesa. Resulta que se trataba del hijo de unos Yacks (ganado de origen Tibetano). Es un macho de tres meses rechazado por sus padres y por el resto de la manada, haciéndose necesario ubicarlo en el mismo corral de las cabras pequeñas. De día lo sacan para que deambule y se familiarice con el entorno; sus amigos son los perros, la mayoría le hacen el juego, menos “Quito” que es de naturaleza pastoril y se siente responsable de la seguridad del pequeño, así que le acompaña y cuida como si estuviese a cargo de una oveja, lo que a mi juicio le debe ocasionar

problemas de identidad al pequeño Jack, que a estas alturas no debe saber si es una cabra o un perro. Tendrá que transcurrir un buen tiempo mientras crece y se hace fuerte, para que cuando lo integren a la manada esté en capacidad de defenderse. Después del susto que vivimos en nuestro primer encuentro, me hice el propósito de acercarme y darle afecto. Entonces cuando lo sacan del corral viene en mi busca, se acerca a la puerta y con sus pequeños cachos la “topetea”, salgo a su encuentro y le brindo agua, dobla sus patas y se acomoda como un perro, momento que aprovecho para sentarme a su lado y cepillarlo con el peine que le compré (que desde luego es para perros) y del que he ido desprendiendo el pelo que va quedando enredado, hasta formar el mechón que guardo de recuerdo. Es muy gracioso el pequeño Jack, le he cobrado gran afecto, pienso que su historia se parece en algo a la de MOWGLY, el niño de la selva y que tal vez cuando sea el momento, encuentre a la hembra precisa –que en algún instante de la historia, ustedes llegaron a imaginar que podría ser yo, ¿o me equivoco?- y su vida tome el curso natural. ¿ahora entienden la nostalgia que me acompaña al despedirme de mi amigo, el pequeño Jack? Y hablando de despedidas, aquí les digo hasta luego queridas amigas, un abrazo para todas y para sus maridos, un cálido saludo.

Con afecto,
Margarita.

El día del juicio final

(Segundo Lugar)

Por Susan Halliday Osorio

Sonó el teléfono. La tía Mamerta estaba agonizando. Mi madre se cambió de ropa, se puso el abrigo negro y se retocó el peinado.

—¿Podemos ir? preguntamos al unísono los niños.

—No, no pueden, dijo contundente; pero después cambió de opinión y decidió llevarme, ya que era la mayor. Yo había hecho la Primera Comunión y una monjita me había preparado para el acontecimiento; por consiguiente entendía muchas cosas.

Llegamos a la vieja casa de Chapinero, a la que tantas veces había ido a jugar con mis hermanos. Hacía casi medio siglo que vivían allí las tres tías solteras y la casa había ido envejeciendo al tiempo con ellas. Se le habían agrietado las paredes, las puertas crujían al moverse y las ventanas de madera estaban tan resacas que algunas ya no abrían. El balcón del segundo piso por donde me encantaba asomarme, se había ido descolgando y ahora se encontraba amarrado con unos alambres. En el interior de la habitación, sobre la puerta del balcón, habían colocado un letrero que decía “Prohibido salir” junto con un candado que confirmaba la sentencia.

La casa me pareció diferente aquel día. Habían entrecerrado las cortinas quedando las habitaciones en penumbra. Una multitud vestida de negro, circulaba por la casa hablando en voz baja. El doctor acababa de salir certificando su muerte cuando subimos a la habitación. Entramos en silencio, mi madre abrazaba a cada pariente y susurraba algo al oído. Me pregunté qué sentido tenía esa oscuridad si a una muerta no podía molestarle la luz como tampoco escucharía lo que hablaban.

La tía Mamerta, acostada en la cama con su camión de encajes pare-

cía dormida. Su rostro estaba descolorido, las mandíbulas desencajadas, las mejillas hundidas y los labios perdidos; sin embargo al mirarla no se me hizo muy diferente a como la recordaba viva. La caja de dientes se encontraba en un vaso de agua sobre la mesa de noche y por un momento pareció que me sonreía.

En una esquina del cuarto, sentada en una mecedora, se encontraba la tía Maricar, como le decían cariñosamente a la tía María del Carmen. Suspiraba, se secaba las lágrimas con un pañuelo y se me pasó por la cabeza la idea de que tal vez estaba pensando que el año entrante le tocaba el turno a ella, ya que era un año menor que la tía Mamerta. Me parecía que las tres tías eran tan viejas que tal vez yo nunca llegaría a tener tantos años. La tía Emilia, la menor de las tres, me miraba con cara de pocos amigos preguntándose qué hacía una niña allí.

Salimos de la habitación porque nos dijeron que habían llegado los de la funeraria y la iban a arreglar.

—¿Arreglar para qué? —pregunté, y en seguida sentí en el brazo un pellizco de mi madre.

Nos sentamos en silencio en la sala y empecé a recordar las palabras de Sor Teresa, la monjita que nos había preparado a un grupo de niñas para hacer la Primera Comunión. “El día del Juicio Final nos encontraremos con todos los muertos y cada uno llevará el cuerpo que tuvo en la tierra”, había dicho.

Me había quedado una duda y resolví preguntarle a otra niña a la salida.

—¿Cómo iremos vestidas ese día?

–Eso es fácil –contestó ella–, pues con la ropa que teníamos puesta el día en que morimos.

Me pareció injusto. Algunos tendrían vestidos elegantes, otros estarían en pijama y a los que hubiera sorprendido la muerte en la ducha, apenas estarían cubiertos por una toalla. Al día siguiente volví a preguntar a Sor Teresa, en quien confiaba más.

Ella se rió.

–No, mi niña, no nos llevamos nada material de este mundo. Allá no lo necesitamos.

Entonces empecé a imaginarme a todos desnudos el día del Juicio Final y me dio risa. Pero a Sor Teresa no la podía imaginar sin el hábito y la toga. Ni siquiera sabía si tenía pelo.

Un tirón por el brazo me sacó de mis cavilaciones. Era la tía Emilia.

–Levántate y deja sentar a la señora. Ve a la cocina y le ayudas a Serafina.

Obedecí sin chistar, sabiendo que Serafina no me dejaría ayudar en nada. Se encontraba atareada preparando el té, aguas aromáticas y tintos para ofrecer a las visitas.

–Es mejor que salga de aquí, niña, se puede quemar.

Salí de la cocina y me senté en la mitad de la escalera, apoyando los codos sobre las rodillas y la cara sobre las manos. Desde aquí, a esa altura, podía divisar todo el panorama.

A la tía Mamerta la habían colocado en un ataúd en la mitad de la sala, con unos cirios encendidos a los lados. La habitación se había congestionado con coronas de flores y gente que se arremolinaba en torno al cajón para verla

por última vez. Una cinta morada enorme había sido colocada encima y decía: “María de las Mercedes Tadea Álvarez del Pino”. Qué raro, era la primera vez que escuchaba ese nombre.

Los rayos de luz que se colaban por las rendijas de las ventanas, hacían ver el humo que salía de los cirios que bailaba en medio de las partículas de polvo que flotaban en el ambiente. Empecé a sentir la falta de aire marcada por aquella mezcla del olor dulzón de las flores y los humores de la gente. Traté de decirle a mi madre que abriera las ventanas, pero por más señas que hacía, ella no me miraba. Estaba ocupada recibiendo a un par de señoras envueltas en sus abrigos negros que saludaban con lágrimas en los ojos.

—¿Quiénes son? —le pregunté a la tía Emilia.

—No tengo idea, mijita —contestó ella— con esta familia tan grande que tenemos...

Pude ver que las señoras seguían a la otra sala, al comedor, al hall, saludaban a todos y observaban la casa mientras pasaban. Se sentaron, tomaron un tinto y se volvieron a parar.

—Qué señoras tan gordas —le dije a mi madre que en ese momento subía por la escalera.

—No debes criticar y mucho menos en momentos como estos.

Cuando mi madre volvió a bajar, Serafina, la tía Emilia y la tía Maricar se encontraban discutiendo a la entrada de la cocina.

—Además son unas señoras maleducadas —dije— ni siquiera se despidieron.

Pero mi madre pasó apresurada sin escucharme. Por lo que pude en-

tender, Serafina no encontraba la tetera de plata para servir el té. La había buscado por todos lados y, entonces, se había dado cuenta de que también faltaban los candelabros, los portarretratos, las cucharitas de plata y quién sabe qué cosas más.

–Fueron esas viejas –dijo mi madre.

–Se me hacían sospechosas –dijo la tía Emilia.

– Ya se marcharon –dijo Serafina, llamemos a la policía. –No es el momento. Siguieron lamentándose por un buen rato, hasta que el Padre carraspeó impaciente para que se callaran y empezó a rezar por los muertos, en voz alta, junto al cajón. Cuando nos subimos al auto, mi madre arrancó diciendo:

–A estas señoras no las encontraremos nunca.

–No te preocupes –dije yo– ya las veremos el día del Juicio Final.

Mi madre volteó a mirarme por unos segundos sin comprender nada y luego siguió el camino callada.

La mata de granadilla

(Tercer Lugar)

Por Adiel Franco Gallego

Hacia la década de los 40, cuando yo era apenas una niña de seis o siete años, llegaron a mi casa de campo unos personajes que a simple vista se notaba que no eran unos santos. Precisamente preguntaron por los hombres de la casa. Estaban armados con escopetas y revolver. Aunque mi madre no quería decirles dónde se encontraban trabajando, la obligaron a llevarlos a donde ellos estaban. Yo me quedé sola en casa, pero no se fueron todos, algunos se quedaron cargando las escopetas. Cuando llegaron con mi tío y mi padrastro, les dijeron que en el pueblo los necesitaban para hablar un asunto. Recuerdo que mi tío y mi padrastro con cara de terror y de angustia les pidieron tiempito para al menos cambiarse de ropa y de zapatos. Pero la respuesta fue no, los hicieron seguir delante de ellos, supuestamente para el pueblo.

Se quedaron unos cuatro o cinco bandidos. Como mi madre era joven y bonita, quisieron abusar de ella, pero todavía no me explico cómo se voló por una ventana. Yo estaba de pie en la puerta de la cocina, en un momento la vi pasar corriendo por detrás de unas matas de fique que había alrededor de la casa. Me hizo señas que no dijera dónde estaba. Se acurrucó detrás de una mata grande de fique y se quedó allí, casi inmóvil, para no ser vista. Buscaron por todos lados de la casa. Un bandido que andaba con revolver en mano me preguntó: “¿Dónde está su mamá?”. Le contesté: “No sé, señor”. Yo tenía mucho miedo, me quedé quieta en un solo punto. Al fin se fueron, mi madre salió de donde estaba escondida y fue a su cuarto, se arrodilló ante la imagen del Carmen a rogarle que protegiera a su hermano y a su esposo de aquellos bandidos sin Dios y sin ley. Después nos fuimos a quedarnos en el monte por miedo a que volvieran por la noche. Nos metimos debajo de unos helechos

muy altos que había en la montaña. Por la mañana volvimos a la casa. Todo lo habían revocado y lo que no se robaron, lo dañaron, y hasta la mata de granadilla fue víctima de aquellos salvajes, la picaron en pedacitos, tal vez en venganza por producir tan deliciosos frutos. Luego fuimos donde una vecina y contó que ya se sabía que a ellos les habían dado bala por el camino. Mi tío estaba muerto y mi padrastro estaba vivo, pero muy grave, que los tenían en la inspección de policía. Nos fuimos lo más rápido posible por un camino de herradura. Nos hundíamos casi hasta la rodilla entre el barro. Llovía muy fuerte, pero nosotras corríamos lo más ligero posible para al menos ver qué se podía hacer por el herido. Todo eso era demasiado para mí. Intenté llorar, pero mi madre me dijo que por favor no llorara pues ella también se iba a derrumbar y que no era el momento para desfallecer. Llegamos al pueblo atrapadas por el aguacero, muy cansadas. Una señora nos regaló agua de panela caliente y a mí me regaló un vestidito; me quedó pequeño, pero al menos estaba seco. Llegamos a la inspección de policía. Allí estaba mi tío, puesto en una camilla ya muerto. Mi padrastro estaba en otra camilla con una herida de bala en el pecho, vomitaba sangre a ratos y suplicaba por su vida, que no lo dejaran morir, que lo llevaran al hospital de Cartago y pedía un sacerdote para confesarse. De pronto el inspector dijo: “Sálganse todos, vamos a sacar el herido para el hospital”. Había mucha gente. Todos salimos. Se escucharon unos disparos. Corrimos a ver qué había pasado allí. En la escalera, para subir al segundo piso, estaba aquel hombre sosteniendo el revólver humeante en la mano.

Cartagena

Cuentos escritos: 63
Narraciones orales: 30

Centro Cultural de las Palmeras -Biblioteca Raúl Gómez Jhatin
Biblioteca Pública de Fredonia
Biblioteca Distrital Jorge Artel
Casa de la Cultura Estefanía Caicedo
Biblioteca Pública de Bayunca
Biblioteca José V. Mogollón
Biblioteca Balbino Carreazo
Biblioteca Juan de Dios Amador
Centro Cultural la Boquilla
Centro Cultural las Pilanderas
Biblioteca Pablo Neruda de Chile
Biblioparque San Francisco



Un grupo de personas mayores asisten a los talleres de formación de Historias en Yo Mayor en una de las 12 bibliotecas públicas de Cartagena que abrieron sus puertas para el concurso. Como ellos, más de 580 adultos recibieron las pautas del concurso a través de los promotores de lectura.



Sorprendidos, así se les vio a algunos de los asistentes a los talleres del concurso Historias en Yo Mayor en Cartagena cuando leyeron los cuentos de los ganadores del año pasado.



Durante tres meses la literatura se paseó por las bibliotecas públicas de Cartagena. Para la muestra, un botón: uno de los participantes exhibe con orgullo uno de sus libros preferidos antes de depositar su cuento en una de las urnas del concurso.



Con más de 93 historias de su puño y letra, las personas mayores de Cartagena le cumplieron al concurso Historias en Yo Mayor.

En el cuarto oscuro

(Primer lugar)

Por Celso Emiro Montoya Palencia

La brisa mece la puerta, manchas de luces se mueven en la pared. Escucho el tic tac del reloj de mesa, segundos después anuncia una hora de la madrugada. Alguien viene rompiendo el viento por la Calle Corea. Mientras el orín moja mis calzones, tiemblo. Mamá despierta y pregunta qué quiero. Te dejaré un tetero en la almohada, tómalo cuando quieras. No respondo. Siento la lengua grande, no cabe en mi boca. Algo hurga frente a la casa, son voces diferentes, mi vejiga sigue vaciándose. Percibo sollozos seguidos de lamentos: es La Llorona. Sus pasos vienen por la sala, respira tan profundo que la puerta abre más y más, la veo ahí, de pie muestra un colmillo, su risa hueca y pestilente. Abrazo mis juguetes.

Es vieja, galillo largo cruzado de venas, levanta el brazo y orienta el índice haciéndome guiños, entra y se sienta en mi cama. Desliza una mano por mi pierna, con la otra saca una teta arrugada. Oigo sus quejidos, cruzan por mi garganta y hundo mi mirada en su ojo abultado. No puedo llorar. Esta vez, parada en mi estómago, me muerde una oreja y una de sus lágrimas cae en uno de mis ojos. Mamá se mueve entre sueños y pregunta si tomé el tetero, pero es la teta de La Llorona la que está en mi boca, al tiempo que es ella quien se bebe mi tetero.

Un relincho rompe el silencio, no lo vi entrar, sacude las orejas. Se ha despojado de su silla, diviso su lomo, su crin larga, los cascos cubiertos de pequeñas plumas: es el Caballo del Otro Mundo. La Llorona lo saluda, me suspende del brazo y me abre de piernas en el lomo de su amigo. Él corcovea envuelto en el coro de su avispero, mientras ella guarda su teta y ríe mostrando las encías. ¡Son las tres! Mis calzones se han secado y mis miedos

agonizan pisoteados por el galope de ese animal que entró por el ojo de la cerradura, gritan y se esconden en las abarcas de papá. Déjanos salir, dicen. En medio de la oscuridad, la mesita de los santos se conmueve, el lobo de San Francisco huye por la puerta, la vela ha caído al pie de la cruz y Cristo arde, María exclama «auxilio». Yo, con la mano en la cabeza, y la certidumbre de las cosas que distingo bailando por la habitación, me recreo. De Jesucristo solo quedan cenizas. María corre hacia mí. La Llorona la detiene presionándole el cuello, le quita el niño, observa la gorra colgada en el ángulo de la puerta, la alcanza y se la pone. María sonrío, al instante llega la Troja del Otro Mundo haciendo sonar las tablas. Sus cuatro patas tienen calcetines barbudos. Se ha sentado, examina su sombrero, pero no puede ponérselo, no tiene cabeza; lo coloca delicadamente en sus tablones. Con su voz ronca interpreta un himno de fantasmas, mientras golpea como matraca en Semana Santa. Sobre ella, columpiándose una jarra de agua se inclina para examinar mi ojo y descubre lombrices en mis intestinos. Un mosquito irrumpe entre nosotros y va con su música al rincón, la lagartija lo atrapa y él grita, mi madre se voltea bocarriba. El Caballo me olfatea, le gusta mi aroma, huelo al perfume de mi tía. La pared se ha puesto seria, los bichos han bajado del techo de palma. Uno de ellos se ha escondido detrás de la pluma de pavo real que guinda del clavo. La butaca despliega su pecho huesudo y soporta el peso de la Troja, quien deja ver sus guantes de piel de cabrito y sus pulseras de conchas de coco. Se mira al espejo oscuro que baja por el centro del escaparate. Una tira de su ajustador cuelga por una de sus cuatro axilas, me hace reír, pero la risotada de la araña en su hilo me hace reír mucho más.

Una ínfima claridad penetra las hendidias, el canto de los pájaros revientan las flores, dejando el olor a universo regado por el patio. En el cuarto solo hemos quedado mis padres y yo. El hedor a meado y berrinche del otro mundo impregnan mi cuerpo.

Mamá revisa mis nalgas, hiedo a caca. Anoche te sentí hablar dormido, dijo, tienes lombrices, mañana te purgaré. Me ha sentado en la batea, y mientras chupo mi tetero, recuerdo las últimas palabras de La Llorona.

De mediodía pa' bajo

(Segundo Lugar)

Por Bibleniza Pérez Seña

San Bernardo del Viento fue llamado así en honor al santo que encontraron en una embarcación que venía no sé de dónde y lo iban a llevar a España. Debido al mal tiempo, la canoa de vela naufragó y encalló, propiciando que la tripulación se viera obligada a dejar el santo abandonado, ya que era demasiado grande y pesado. Al santo, los pobladores lo recibieron con mucho entusiasmo. Desde entonces, dijeron que el pueblo se llamaba San Bernardo del Viento, en honor al santo que trajo aquella misteriosa embarcación de vela que andaba al danzar de los vientos.

Cuentan los abuelos que este pueblo es bendecido por Dios, no solo por el santo, sino porque está bañado por el mar Caribe y el caudaloso río Sinú.

En esta tierra tuve la dicha de haber nacido. Mi infancia transcurrió en un hogar humilde hecho de moñinga e' vaca y varas de lata, con techo de palma y piso de tierra.

El patio era tan grande que no se alcanzaba a contar la cantidad de árboles frutales de níspero, guayaba, guanábana, mango y una que otra mata de calaguala con lirios y narcisos que, con su fragancia y resplandecientes colores, hacían maravilloso el paisaje.

Cuando el invierno llegaba, el río crecía y el agua cubría en su totalidad nuestro patio. Mis abuelos tenían dos canoas con sus respectivos canaletes para remar, lo que hacía que, para nosotros los muchachos, esa calamidad se convirtiera en diversión, porque nos la pasábamos navegando por todo el patio, recogiendo los frutos que el agua hacía flotar. Yo hacía esto acompañado de mis amigos que eran de familias ricas como los Genes y los Martínez y de “don Fulano y don Zutano” quienes dejaban sus valiosos juguetes para ir a

navegar conmigo.

El 25 de diciembre, mientras otros niños amanecían con los juguetes que el Niño Dios les había puesto, yo despertaba con mi canaleta abrazada a un lado de la cama. Con voz triste le preguntaba a mi abuela

—¿Por qué el Niño Dios no me puso nada?

Y ella me contestaba:

—De medio día pa' bajo te pone.

Yo me quedaba esperando, porque mi abuela no encontraba para comprarme nada. Sin embargo, aquellas palabras retumbaban en mi mente como aviso inminente de que, de medio día pa' bajo, en San Bernardo del Viento todo podría suceder. El sol resplandeciente se detenía justo en medio del mar, como dividiendo el día en dos; las historias y los personajes salían como de cuentos de hadas para darle vida a los más asombrosos relatos.

Mi abuela, personaje reconocido en el pueblo por sus dotes de rezandera, fue mi madre de crianza, y a todos los velorios me llevaba. Un día me pidió que la acompañara al velorio de la señora Inocencia Cardales, quien había sido víctima de la mala hora: a ella, mientras lavaba en el río como era costumbre en aquel paraíso costero, se le fue la pelota de jabón al agua y, en su afán de rescatarla, se resbaló y se ahogó. Su nieta, que en ese momento había salido a buscar el almuerzo para disfrutarlo observando juntas las tranquilas aguas del Sinú, no encontró más que los trapos mojados y el manduco al lado. A su abuela el río se la había llevado. En su llanto la nieta reclamaba:

—¡¡Ayy!! Abuelita me mandaste a buscar la comida para que no viera a dónde te ibas.

Días después, fue hallada en las bocas de Caimancito, como cosa extraña, a la misma hora del fatídico suceso, después del mediodía.

Como en la villa del Señor hay de todo y pueblo sin bruja no es pueblo (como decía mi abuela), en San Bernardo la encargada de mantener esa tradición era la hermana de la que pasaba con la camándula rezando. La señora Sergia Padilla hacía trabajos curando lo bueno y lo malo. Era tan bruja que se convertía en pata con una cría de patitos a su alrededor. Además adivinaba lo que le podía pasar a alguien. La buscaba mucha gente para que les curara los animales de la finca. Desde su casa rezaba y hacía sus conjuros y los animales se curaban por arte de magia. También le llevaban personas muy enfermas y desahuciadas por los médicos y, allí, los hospitalizaba, los metía en una hama-ca y les daba brebajes que ella misma preparaba.

Cuando estaban mejor, los mandaba para su casa y les indicaba que les dieran su medicina, pero que también le bajaran la cuchara. Yo, de niña, pensaba que la cuchara estaba por el techo; y ahora comprendo que quería decir que le dieran más comida.

Uno de esos días, cuando oscurece más temprano, la lechuza canta y el mayor de los ancianos tiene un presagio, se regó la noticia de la muerte de Sergia Padilla. El pueblo se congregó en su casa. Los que podían rezar, rezaban, algunos cuchicheaban. Entre otras cosas, se comentaba cuál sería el destino del alma de la bruja, y los niños tenían miedo de ir a la cama. Mientras todos estaban alrededor del ataúd en forma de melón, que ella misma había mandado a hacer al carpintero del pueblo, el Sr. Martínez, ella abrió los ojos y, ante la mirada aterrada de todos los presentes, se paró, apagó las velas y des-

colgó las sábanas con que formaban el altar. Todo el mundo quedó espantado y ella, con una voz fuerte, más de esta que de la otra vida, dijo:

—Todavía no me voy a morir —y ordenó que agarraran el cajón y lo subieran al pañol, después de esa muerte y su repentina resurrección, vivió muchos años más.

Y es que en ese pueblo la gente comenzaba a vivir y a morir de mediodía pa' bajo. Yo, un día cualquiera, salí de San Bernardo para Cartagena en busca de un mejor futuro. Pero, entre todas las cosas que empaqué, me traje en mi maleta miles de recuerdos y cientos de historias que ahora no sé si son reales o fantásticas. Y, aunque aquí me casé y tuve dos hijos, todavía, de mediodía pa' bajo, me pregunto qué estará pasando en mi pueblo que, como mi vida, queda confundido entre el polvo de sus calles destapadas, la hermosura de sus playas, la calidez de su gente, los sahumeros de buena y mala suerte, la corriente del río que sigue metiéndose en los patios y que, como yo, ya están de mediodía pa' bajo.

Alejandro Magno

(Tercer Lugar)

Por Cirila Bravo de Verrío

Cierto día, un tal Filónico trajo a la Corte de Filipo, rey de Macedonia, un caballo salvaje. Lo quería vender en trece talentos. El Rey entregó el caballo a sus escuderos, pero el animal era tan salvaje y feroz que nadie se animaba a domarlo. Entonces, el rey ordenó que lo devolvieran, pero su hijo de 15 años, que comprendió que el caballo se asustaba de su propia sombra, intervino y dijo: “Rechazan el caballo porque no saben usarlo. Yo con seguridad sabré cómo domarlo”.

El Rey lo invitó, entonces, a que demostrara su habilidad. El joven se acercó al caballo, lo tomó de la brida y le hizo girar la cabeza hacia el sol. Luego lo acarició, le habló suavemente y, con un ágil salto, montó sobre él. El caballo se encabritó, pataleó y, por último, comenzó a correr.

El joven hijo del Rey lo incitó con enérgica voz golpeándolo con los tacones. Filipo miraba temeroso pero absteniéndose de intervenir. Cuando vio que su hijo había llegado detrás de la explanada, no pudo contenerse y manifestó su admiración y su alegría con estas palabras: “¡Oh, tendrás que buscar un reino que sea digno de ti porque algún día Macedonia será demasiado pequeña para conformarte!”.

Fueron palabras proféticas: el joven infante, convertido en rey de Macedonia, supo hacerlas realidad conquistando un vastísimo imperio. Aquel osado domador de caballos se llamaba Alejandro. Los historiadores, recordando sus empresas militares, le dieron el título de magno o grande.

También el nombre del fogoso animal pasó a la historia: se llamaba Bucéfalo y fue el caballo de batalla de Alejandro en todas sus campañas. Cuando murió, Alejandro llamó Bucefalía a una ciudad de la India para recordar su caballo.

Medellín

Cuentos escritos: 93
Narraciones orales: 42

Parque Biblioteca de Belén
Parque Biblioteca Presbítero José Luis Arroyave- San Javier
Parque Biblioteca León de Greiff- La Ladera
Parque Biblioteca Tomás Carrasquilla- La Quintana
Parque Biblioteca España- Santo Domingo
Parque Biblioteca José Horacio Betancur-San Antonio de Prado
Parque Biblioteca Fernando Botero-San Cristóbal
Biblioteca Pública Piloto
Biblioteca Juan Zuleta Ferrer-Campo Valdés
Biblioteca San Antonio de Prado
Biblioteca San Javier La Loma
Biblioteca Tren de Papel Carlos Castro Saavedra-Florencia
Bibliotecas Familia El Raizal
Biblioteca Familia Villatina
Biblioteca Público Escola Popular N 2
Biblioteca Pública Escolar Granizal
Biblioteca Público Escolar Santa Cruz
Biblioteca Pública Corregimental Santa Elena
Biblioteca Público Corregimental El Limonar
Biblioteca Público Corregimental San Sebastián de Palmitas



La Red de Bibliotecas de Medellín abrió las puertas de sus bellísimas instalaciones para el concurso Historias en Yo Mayor; en total más de 319 asistentes participaron en los talleres de formación para contar sus historias.



Los libros se convirtieron en los mejores amigos de las personas mayores durante tres meses, en ocasiones se hizo necesario buscar algo de inspiración en las voces de otros autores para construir nuevos relatos. Esta vez el elegido es el escritor español, Jordi Sierra i Fabra.



Mucho tenían para decir las personas mayores de Medellín, las listas de asistencia se quedaron cortas en algunos de los talleres de formación de Historias en Yo Mayor.



Concentrados y atentos se mostraron las personas mayores de Medellín durante los talleres de formación del concurso, no en vano se recibieron más de 90 cuentos y 42 narraciones orales al cierre del concurso.

Un cumpleaños

(Primer Lugar)

Por Blanca Inés Jiménez Zuluaga

La casa estaba preparada para la fiesta. La tía Martha y mi mamá eran las más entusiastas. “Puede ser su último cumpleaños”, decían en tono bajo. Presentían que la abuela, en cualquier momento, podría morir. No porque estuviera enferma, ¡no! A pesar de sus nueve décadas, se sentía saludable. Pero la tristeza de la vejez se había instalado en sus ojos como un huésped discreto.

La casa de la abuela siempre había existido para mí. Fue cuna, palabra y piel. Yo era la primera nieta y compartía con la abuela el reinado de ese mundo íntimo que ella cultivó pacientemente, como hizo con sus matas. Al cruzar la puerta de entrada sentía la presencia de seres que se negaban a ser olvidados, como si el olor, los gestos y las voces estuviesen adheridos a los objetos y a las paredes.

Cada lugar atesoraba su historia. El cuarto de Luis, el tío que murió de cáncer, luego fue de huéspedes y finalmente, biblioteca. La habitación que miraba al primer patio, abandonada por las hijas cuando se casaron, pasó a ser el refugio del tío Julio quien optó por estar más cerca a su madre, al notar que el cansancio doblegaba su figura. La única pieza intocable era la de la abuela, donde ella guardaba, como en un cofre, sus recuerdos íntimos. Me parecía que en ese espacio, sus evocaciones y sus tristezas podían fluir sin testigos. Un tiempo después de la muerte del abuelo, su cara radiante al despertar en la mañana era el preámbulo de una frase conocida: “Soñé que Bernardo estaba acostado a mi lado”.

Tras el bastón —aún escucho el toc, toc, toc vacilante— recorría los espacios familiares: de la sala al costurero donde enredaba hilos, de allí a su alcoba o al patio, y en días de lluvia, cuando el sol se negaba a mitigar el frío que la

abrumaba, iba y venía por el pasillo interior, hasta lograr entibiar su cuerpo. Necesitaba confirmar que todo estuviera en orden. Su orden. “De esta casa me sacan, pero en un ataúd”, dijo un día. Así expresaba el apego por el regalo que le dio mi abuelo cuando nació su primer hijo.

Para colmar los días en los que el tiempo se le parecía al sopor de una tarde veraniega, exhortaba a sus parientes para que la mantuvieran informada de los eventos importantes y aún de los intrascendentes: nacimientos, bodas, viajes, peleas, enfermedades... “¡Este mundo está al revés!”, exclamaba a veces, porque eran más frecuentes las rupturas que los matrimonios y las muertes nublaban la alegría de los escasos nacimientos.

Cuando me fui a vivir con Juan, sin sellos ni bendiciones, no me lo reprochó, y me pedía que le contara historias de amor. Con mis anécdotas agudas y ocurrentes, ella lograba franquear su pequeño territorio. Por amor, renunció al trabajo de enfermera y se confinó en su morada para apropiarse de su destino. Recuerdo su satisfacción cuando me gradué. “¿Sabías que yo quería ser médica como tú?”. A esa pregunta repetida, yo respondía con afecto: “No, abuela, cuéntame cómo fue”. Era la mejor manera de que hablara con entusiasmo y sin fatigarse.

A lo largo del corredor que palmaba en el último patio, hizo colgar jaulas de diferentes tamaños y colores. Cada una acogía un grupo de canarios: las de las parejas enamoradas que hacían intercambio de caricias con sus picos o criaban pichones sanos y vivaces, eran sus predilectos. Otras, como teatros de ópera, alojaban machos cantores. Y en la más grande vivían los ancianitos, ya despojados de su plumaje, a veces ciegos, mudos y con dificultad para le-

vantarse.

—Un presagio de lo que nos va a pasar a todos— como sin querer, lanzaba señales y yo las sentía a modo de queja o anuncio lacerante.

—¿Por qué no los ahogas?, así dejan de sufrir— le pregunté un día. Me miró entre sorprendida y enojada.

—¿Cómo se te ocurre? Entonces, ¿vas a ahogar a los viejos y enfermos de esta casa?

—¡No te enojés! Recuerda que después de la agonía del abuelo me imploraste que no te dejara sufrir. ¿Por qué no hacemos lo mismo con los animalitos? —le repliqué. Después de un silencio, me miró con ojos resignados. Ese día comprendí que inaugurábamos una nueva complicidad.

Desplegó su ingenio para estar acompañada. Tal vez por ello, Julio nunca se casó. Se entendían sin dirigirse la palabra y coincidían aún en las cosas más extrañas, como no pintar las paredes y no cambiar los muebles. Era una manera de conservar los rastros del pasado. Así, los muros agrietados se tiñeron con la pátina gris de los años, y las sillas se eternizaron vencidas, tomando la forma de los cuerpos. En este cumpleaños, él ya no estaba con nosotros. Después de la muerte de Julio, desapareció la jaula con los canarios ancianitos.

El hogar abría sus puertas para la celebración. Esperábamos a los hijos, dos hermanas monjas, algunas sobrinas, una tía de la abuela quien con sus 96 años todavía sabía que estaba viva, y las nietas que ajustamos nuestros horarios para tomar esa tarde libre. Era una manera de expresarle, además de nuestro cariño, que no la dejaríamos sola. Cada ausencia hacía más grande la

casa y aumentaba la fatiga de sus pasos.

Al final de esa mañana de septiembre, después de un turno prolongado en el hospital, decidí llegar directamente donde la abuela. Me sentía cansada, pero era mayor el anhelo de ver en sus ojos tristes un destello de alegría. En la sala, un ramo de flores con frutas, regalo de las tías, con su color y perfume revivieron ese espacio sombrío; luego de morir Julio, la abuela impidió correr las cortinas y abrir los ventanales. La mesa del comedor lucía la vajilla y los cubiertos heredados de su madre. Manjares deliciosos, reposaban en la amplia cocina que daba al corredor, donde los canarios trinaban excitados por los nuevos sonidos que rompían el silencio habitual.

—¿Dónde está la abuela? —grité.

Extrañé no verla sentada en su silla observando sus matas o leyendo una novela de amor. Tal vez la retienen en el segundo piso para que no vea los preparativos de la fiesta, pensé. Subí las escaleras y escuché un murmullo que venía del estudio:

—¿Son las doce y aún no se ha levantado? —era la voz del tío Jorge que acababa de llegar.

—No quiere despertar. Parece que está enferma —dijo mi madre.

—Pensamos que le caería bien un descanso para soportar el trajín de la fiesta, pero la descuidamos... ¡No me lo perdono! —lloriqueaba la tía.

—Falta una hora para que lleguen los invitados. ¿Qué vamos a hacer? —susurraba Marina, la empleada que cuidaba a la abuela y que ya considerábamos parte de la familia.

Cuando mi madre me vio, exclamó:

—¡Por fin llegaste!, estábamos por llamar al Doctor Bermúdez.

Vi a la abuela en un letargo. Pálida, gélida, imperturbable. Un tenue silbido escapaba de su boca entreabierta. La tensión del entrecejo había borrado la serenidad de su rostro. Contemplé sus cabellos grises humedecidos y la cabeza reclinada sobre un almohadón blanco; la piel y la tela eran del mismo color. Es una neumonía, pensé desconcertada. Al mirar sus pies delicados asomarse por entre las sábanas que desprendían un olor fresco, recordé el día cuando le dije que yo jamás había visto unos pies más bellos. Me respondió con una sonrisa: “Tienes el mismo gusto de tu abuelo”.

Me quedé cavilando si después de una existencia prolongada y feliz... a pesar de sus dolores, ¿no sería mejor que celebrara de esa manera el haber llegado a los noventa años, y no como lo habíamos planeado nosotras? Ella, que le temía al sufrimiento y a la soledad, recibiría el mejor regalo de cumpleaños: encontrarse para siempre con Bernardo.

Sobreponiéndome a la congoja y a la desolación, incrustadas en mi garganta como una herida, ajusté el seguro de la puerta y me dispuse a cumplir mi promesa.

Desde arriba

(Segundo Lugar)

Por Gustavo Vásquez Obando

El viejo había comprendido, por fin, que la dificultad de relacionarse con su nieto –por lo menos del modo franco que imaginó cuando supo que sería abuelo– solo era atribuible a su propio retraimiento. La porción más íntima de su ser se culpaba por eso. Pero romper tal dique era un anhelo que se esfumaba con los días, como la posibilidad de concluir ese cuento cuya trama se revolvía en su cabeza, porque con el accidente que lo dejó parapléjico, la amargura le atrailló la lengua y le agotó las ganas de vivir. De manera que, sitiado por los silencios y por las frustraciones, terminó por replegarse sobre sí, hasta convivir a gusto con la más humilde de las insignificancias. De ahí su desconcierto cuando, una tarde caliginosa de marzo, el nieto llegó de improviso al apartamento para algo más que el saludo distante y rutinario de los fines de semana:

–El profesor de lengua castellana nos puso como tarea escribir algo sobre la ciudad –dijo al entrar, en tono que pretendía ser amable, y con la mano abierta rozó el hombro del viejo.

Este presintió, con visos de entrañable complacencia, que ese anuncio y ese gesto marcaban el principio de su reconciliación con el adolescente.

–Y como según el profesor –continuó el muchacho–, las personas que leen mucho casi siempre escriben bien... yo pensé que usted, abuelo, me podía ayudar con ese trabajo. Porque a mí no se me ocurre nada –después le explicó que la tarea tenía como objetivo familiarizar a los estudiantes de octavo grado con la descripción de ambientes y situaciones propios de la ciudad, de manera sencilla pero en lenguaje literario.

—¡Claro que puedo ayudarle! —dijo el abuelo—. ¿Le parece bien que empecemos ahora mismo? —su entusiasmo contrastaba con la lentitud de sus maneras—. Usted verá si toma nota de lo que le vaya diciendo o se atiene a su retentiva. Yo, por mi parte, no tengo nada escrito... todavía; pero desde que me dio por ser escritor memorizo todo lo que me sucede y lo que pasa cerca de mí, como si mi cabeza fuera una computadora.

Una refulgencia efímera, como de luciérnaga abatida por el temporal, titiló en los ojos del jubilado cuando empezó a decir:

—Si la dejo rodar hasta aquel extremo del balcón, pues donde estamos la vista es limitada, la silla me lleva a un punto desde el que puedo mirar lo que sucede abajo, en la avenida Colombia. Compruébelo si quiere —después, justificándose, añadió—: es la ventaja de ocupar un piso tan alto, que da a la calle, así sea de sesgo, cuando el tiempo es cosa que le estorba a uno y, entonces, darle gusto a la curiosidad se convierte en la mejor manera de combatir el aburrimiento. ¡Cosas de tullidos!... de tullidos tal vez algo raros, pensará usted. Y de verdad que no lo culpo, porque con los años se nos vuelve difícil distinguir cuándo y hasta qué punto nos acompañará la cordura, o si ya se alejó de nosotros. Pero bueno...

» Desde este mirador, por ejemplo, todos los días a las seis y media de la mañana veo venir por el andén opuesto a la farmacia, esa del aviso ladeado —el abuelo la asaetea con el índice—, a un hombre viejo, casi tanto como yo, de estatura mediana y andar todavía resuelto, a pesar de que cojea un poco de la pierna derecha. Justamente hoy, esa limitación me pareció más evidente. Viste ropa cómoda, sencilla, y mira siempre hacia adelante. El pelo escaso y

gris apenas si repunta bajo el ala flotante de una gorra de trapo (hoy verde oliva, ayer beige, mañana tal vez azul), que, si el sol ya se asomó por Santa Elena, proyecta su sombra sobre la parte inferior de su cara y le oscurece el bigote. No me pregunte por qué, pero yo diría que es un hombre triste. A su izquierda, sujeto por una trailla destemplada, camina un perro Golden Retriever pasado de kilos. Avanza despacio, sin que el amo lo apure, con ondulaciones suaves y parejas del espinazo, como si en lugar de caminar, serpentea. El pigmento cenizo de su hocico y la boca acezante denotan los efectos de la edad, aunque sigue siendo un ejemplar magnífico de su raza. A fuerza de observarlos día a día, siempre a la misma hora y en idéntico escenario, sé que cuando lleguen a esa esquina, el hombre tirará de la correa, suave pero firmemente, así nada les impida continuar la marcha. Allí se detendrán. Y el perro, echado sobre sus cuartos traseros, ladeará la cabeza para recibir la caricia del viejo (cinco o seis toques de uñas, como de arpista, bajo las orejas), a la espera de que la luz verde reaparezca bajo la visera del semáforo, o para dar un respiro en la marcha simplemente. Entonces, y solo entonces, atravesarán los cuatro carriles de la calle 74 y seguirán en línea recta, por Colombia, hasta el aparcadero del diamante de beisbol, donde el mango que bordea la entrada los engullirá entre su fronda.

» Cuando esto ocurre —prosiguió el hablante—, yo me vuelvo a preguntar en qué radica la similitud entre esos dos seres, tan sutil y tan evidente al mismo tiempo; por qué se me hace imposible imaginarme al hombre sin acordarme del perro, y viceversa; de dónde fluye esa imperturbabilidad que los iguala y que propicia, sin duda, la sincronía perfecta entre sus desplaza-

mientos (cuatro pasos compuestos del animal por dos simples del hombre), a tal punto que el cordel que los une mantiene incólume su catenaria. Y entonces, como hoy, como mañana, como siempre... debo concluir que las cosas son así porque, en la proporción de uno a siete, los once años, que pueden atribuirse con mesura al Retriever, lo convierten en contemporáneo de su dueño. Y yo, mijo, no sé de nada que empareje tanto como la vejez.

Con la última frase, la euforia del abuelo pareció extinguirse. Guardó silencio, bajó la mirada y, muy lejos ya del tono discursivo, altisonante, le dijo al nieto, mientras enfilaba su silla de ruedas hacia la pequeña, pero bien provista biblioteca del apartamento, otra vez agazapado bajo su poquedad:

—Ya ve, mijo, que lo que le piden no resulta tan difícil. Es cuestión de observar mucho, de impresionarse con lo que se observa y, claro está, de ponerle al asunto un poquito de imaginación. Si me hace caso, téngalo por seguro, su relato será el mejor del grupo.

Cuando dejó el apartamento, el muchacho advirtió que era más tarde de lo que esperaba. Había llovido. En el plomo negruzco del asfalto, la luz reflejada de las luminarias se estiraba y se encogía, como los trazos de un sísmógrafo, y al paso de los carros el agua formaba estelas de neblina delante de los faros. El ruido difuso, apagado, de los vehículos, recordaba el rumor de las abejas que vuelan en enjambre. Olía a gasolina carburada, y el nieto pensó que en el sector de su residencia el aire era menos contaminado. Después cruzó la calle y se dirigió a la estación del metro. Mientras por las ventanillas del vagón desfilaban acacias y edificios, en sucesión de luces y de sombras, lamentó no haber tomado nota escrita de las palabras del viejo. Sobre todo

porque la última de sus reflexiones (aquella a cuyo tenor la vejez iguala como nada), había desplazado en su mente a las demás del discurso, de modo que le era imposible recordar otros detalles del relato. Tendría, se dijo, que observar por sí mismo al hombre del Golden Retriever, para bosquejar la estampa que de modo tan gráfico había plasmado minutos antes el bueno del abuelo.

–El bueno del abuelo... –se repitió, y se dio cuenta, con sorpresa, de que por primera vez le atribuía un calificativo de excelencia. Se alegró de que así ocurriera. Entonces descubrió que el caminante de la calle Colombia se parecía demasiado al abuelo: la edad, la cojera leve, el aire decidido, las canas, la gorra... los asemejaba. Solo haría falta, pero eso era imposible de verificarse, que, también para el paseador del perro, cada amanecer fuera un milagro, cada plenilunio una maravilla, y el olor de las quemas de marzo y de la leche recién ordeñada perdurara en su memoria, como decía su madre que pasaba con el paralítico, en un intento por aproximarlos.

Muy temprano, al día siguiente, el nieto se plantó en el cruce de la calle Colombia con la carrera 74 a la espera del personaje descrito. Quería confinarlo en sus pupilas, encadenarlo a su memoria, aplicando las reglas del abuelo, para cumplir con la tarea impuesta. Pero no llegó. Como tampoco a la fecha siguiente, su figura y la del perro se detuvieron junto al semáforo, el muchacho subió al apartamento. El relator de la historia dormía a esa hora, con el sol ya muy alto sobre el horizonte.

–Abuela Josefina –le dijo a la mujer de setenta años que le abrió la puerta–.

¿Qué le pasa al abuelo? ¿Está enfermo?

—¿Enfermo? No. Lo que sucede es que Ángel Custodio, desde que tuvo el accidente, nunca, nunca se levanta antes de las once de la mañana. Pero como usted rara vez se asoma por aquí...

De amarrar

(Tercer Lugar)

Por Juan Bautista Vélez

El primer y último libro de autoayuda lo leí en el Hospital mental de Antioquia, donde estaba recluido. No recuerdo el título pero sí que era de un señor Leo Buscaglia. A medida que lo leía, me sentía tan compenetrado con lo que allí se decía que, mentalmente, era otra persona. Lo terminé de leer un sábado en la noche. El domingo amanecí con un ánimo espléndido. Eran las 6 de la mañana, fui al baño con la idea fija de estimular los sentidos como enseñaba el libro. Gocé con el agua cual niño, la disfruté como si la hubiera conocido en ese baño, cerraba los ojos, la sentía caer agradablemente por todo mi cuerpo. Terminé, me vestí y salí a la manga a estimular el sentido del oído: para ello me recosté en la manga todavía húmeda, afortunadamente el sol temprano impedía sentir frío. Poniéndome de lado comencé a concentrarme en los ruidos del viento que, al parecer, nunca antes escuché. A los pocos segundos, el sonido del viento se fue intensificando de tal manera que, asustado, pensé: Voy a morir. Viví una de esas historias de los túneles con una luz al final: empezaba a entrar en uno e, inmediatamente, reaccioné como lo leí en algunas de esas historias, diciéndome: Todavía no.

El ruido seguía intensificándose y, para acabar con él, no quedó otro recurso que levantarme. El ruido cesó inmediatamente, pero ya la locura se había desatado en mí: Voy a morir hoy, pero no todavía, tengo que ponerme en paz con Dios. En ese momento inventé un ritual: tomé un pañuelo limpio, de inmaculada blancura que no sé por qué tenía en el bolsillo, lo desdoblé cuidadosamente; arrodillado sobre él, elevé los ojos al cielo y le pedí a Dios misericordia. Dije listo, ya puedo morir tranquilo. Algo dijo: Todavía no, Juan, estás empezando tu proceso. Repetí ceremonialmente el mismo ri-

tual tres veces: sacada del pañuelo, extendida en la manga, arrodillada, elevar ojos al cielo, pedir perdón por mis pecados, levantarme, sacudir el pañuelo y guardarlo en el bolsillo. Cuando acabé, creí que debía hacerlo siete veces, y así lo hice.

No sobra resaltar que esto ocurría durante la hora del desayuno, ningún interno estaba excusado para faltar a él. ¡Cómo se reirían los enfermeros! Los imagino viéndome desde lejos hacer lo que hacía sin querer interrumpirme y dejándome absolutamente tranquilo.

Después de las siete veces, me disponía a pronunciar en silencio mis últimas palabras: ¡Padre, en tus manos, encomiendo mi espíritu! Pensé: Los enemigos del hombre son el mundo, el demonio y la carne. Antes de morir tengo que acabar con ellos y, así, hacerlo tranquilo. Me interrogué: ¿Qué es el mundo? Después de algunos segundos concluí que el mundo lo conformaban el prestigio y las clases sociales. Me dispuse, entonces, a renegar de ellos. Procedí a ir adonde estaban todas las personas que tenían una buena posición dentro del hospital y les recitaba el mismo monólogo: ¿Usted cree que es más importante que los demás? ¿Se cree mucho por la posición que tiene? Sepa que no vale nada ni por sus conocimientos ni mucho menos por su posición. En realidad es usted un pobre pendejo prisionero de sus propios prejuicios. Una vez acabado mi discurso, arrancaba para otra oficina hasta recorrer todas a las que pude entrar. Los funcionarios se quedaban simplemente mudos, no podían creer lo que oían, afortunadamente nadie reaccionó contra mí. Supongo que detectaban el estado en que me encontraba. Una vez terminada esta cruzada, procedí a derrumbar la separación establecida por las clases

sociales. Era complicado, allí prácticamente todos éramos de clase baja. Sin embargo inventé la manera de hermanarme con todos, y comencé a abrazar y a conversar con todo el mundo. Recibí una acogida impresionante de parte de todos los internos, pues a ellos se reducía mi objetivo.

Una vez derruido el mundo, repetí el ritual del pañuelo sabiendo que mi proceso apenas comenzaba; faltaban el demonio y la carne. Descansé dos o tres minutos mientras pensaba en atacar a la carne. Me pregunté: ¿Qué es la carne? La respuesta era muy simple: la mujer. ¿Qué hacer? En ese momento divisé una gorda, debía rendirla sin dejar que la tentación venciera. Fui donde la gorda, le coqueteé venciendo mi invencible timidez, pero el asunto lo ameritaba, la gorda se sorprendió y, sin embargo, hizo caso. Cuando la tenía en mis brazos, la dejé olímpicamente. Ella quedó estupefacta. Llegado a la manga, contemplé la gorda a lo lejos y dije: Con esta tan fea no es gracia, voy a atacar una más bonita. Dicho y hecho, vi una enfermera muy hermosa entrando al botiquín. Ni corto ni perezoso fui hacia a ella, repetí la actuación anterior y casi me pega. Me retiré con la cola entre las piernas diciendo: No, con la gordita es suficiente, no caí en la tentación y no era ni tan fea. No quise repetir la desoladora experiencia con la enfermera. No faltaba sino el demonio y lo que es la locura, después de casi seis horas, ya eran pasadas las doce, miré hacia el comedor, vi a los enfermeros con todos los pacientes en las tareas propias del almuerzo, seguían haciéndose los locos en cuanto a medidas coercitivas. Observé a un enfermero moreno, de bozo, señalándome a uno de sus compañeros que ponía un vaso en una bandeja, seguramente con leche y algo que parecía una torta, se dirigía directamente hacia mí. Mientras más se

acercaba, más se parecía a Satanás y pensé: ¡El demonio! No puedo caer en la tentación. Me dispuse a enfrentarlo valientemente. Cuando llegó, extendió el plato y me lo ofreció. Seguro pensaba en el hambre que tendría, pues ni siquiera desayuné. Le agradecí solicitándole que se retirara, extrañamente no insistió y se fue.

El proceso terminó y ya podía morir. Reinicié mis ritos destinados a entregar el alma a Dios. Supongo que mis ceremonias impidieron que los enfermeros tomaran medidas contra mí. ¡Cómo se reirían! Después de varias oraciones por fin quise pronunciar las palabras que me llevarían inmediatamente al creador. Me arrodillé, me levanté en profundo silencio y, cual Cristo moderno, dije fervorosamente: ¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu! Las pronuncié lleno de reverencia, absolutamente convencido de que una vez pronunciadas entregaría mi alma. Esperé algunos segundos; nada pasó, no lo podía creer, no entendía qué sucedía. Pasados unos minutos me di cuenta de que la cosa iba para largo. No me dejé abatir por la decepción, al contrario, me inundó la absoluta certeza de lo inevitable. Pasado un cuarto de hora ¡caí en la cuenta! Mi muerte no iba a ser una más, ese día, a las tres de la tarde, llegaría, por mí y por los bienaventurados que me acompañarían, Jesús en persona: ese día, quién lo creyera, iba a venir Cristo por segunda vez. Comencé a preparar su recibimiento.

En cuanto a rituales y perdones nada faltaba, la paz era conmigo por lo hecho en las seis horas anteriores. Reflexioné en lo que me esperaba cuando Cristo viniera. Hice un minucioso examen de mi vida. Revisé todos los llamados Pecados Capitales; sí los superé. Lo que es la ilusión: creía firmemente

en que mi situación era inmejorable; por supuesto, que en casi todo por el arrepentimiento y deseo de enmienda de que disponen los católicos, y yo era uno de ellos, al cuadrar los problemas espirituales. Cuando todo estuvo perfecto, comencé a examinar lo que sabía de mis hermanos y de mis amigos, condoliéndome cuando concluía que su situación no era la mejor en lo que pronto llegaría. Y me alegraba cuando los veía acompañándome en mi próxima bienaventuranza. Los trataba mentalmente con mucho cariño, deseaba muchísimo poder comunicarme con ellos y contarles lo que iba a pasar.

Al terminar todo esto, me dediqué a mi entorno; me solidaricé profundamente con los locos que me acompañaban. Les comuniqué lo que sabía, logrando reunir un grupo que me seguía cual apóstoles con su Mesías. Era risible ver a los menesterosos que se movían en grupo por todo el pabellón en donde estábamos internados. Nos sentíamos unidos por un profundo amor cristiano, nos hacíamos bromas gozándonos a los que no creyeron la buena nueva. Así pasó el tiempo hasta que llegaron las tres de la tarde. Ya podrán imaginar mi sorpresa cuando tampoco pasó nada. ¡Qué tristeza!

Durante mi espera y la de mis compañeros, todos creíamos que a las tres en punto sonaría la trompeta. La espera se prolongó más o menos una hora más; en ella caminaba con mis amigos. Al final nos dimos cuenta de que Cristo no vendría en esa tarde y nos encaminamos a la puerta de salida. Allí, con voz potente, le ordené a quien la cuidaba que nos abriera. Sin inmutarse, nos preguntó el porqué, le dijimos que nos íbamos a ir. Se quedó de una pieza viendo el gentío. Sin arredrarse, nos miró como se mira a unos pobres locos, ¡qué descaro! Nos ordenó con voz más potente que nos retiráramos y

eso hicimos. Mis queridos amigos se fueron retirando, en pocos minutos me hallaba solo y desconcertado. Eran las cuatro de la tarde, contra todas las normas, no comí nada en todo el día ni ningún enfermero me llamó la atención. Mi comportamiento, valga la redundancia, era el de un loco perdido y eso, al parecer, era lo normal allá.

Hasta aquí, el día fue una comedia y a partir de ahí se convirtió en lo que pudo ser una tragedia. No recuerdo nada más hasta las cinco y cincuenta de la tarde, era la época más dura de los atentados y el poder de Pablo Escobar. A esa hora, lo recuerdo bien, quién sabe por qué evolución de mis pensamientos, pensé: A las seis en punto van a tocar a la puerta, ese que toque me va a matar, lo mandó Pablo Escobar. Pasaron los minutos, yo estaba aterrizado pensando en las seis. Me fui acercando sigilosamente a la enfermería sin saber con qué intenciones. A las seis en punto lo supe, tocaron la puerta, entré apresuradamente cogiendo unas tijeras que vi encima de un escritorio y salí gritando, corriendo hacia la puerta. Yo pensaba: Me van a matar, me van a matar. Entonces, sí reaccionaron los enfermeros: salió uno a cogerme. Sin esfuerzo lo tiré al suelo, corrí por la manga hacia la puerta que seguían tocando insistentemente. Seguía gritando, se unieron más enfermeros a la persecución y seguí tirándolos al suelo, sin agredirlos con las tijeras; al final me detuvieron entre seis. Mis gritos sobre mi muerte atronaban el Hospital. Los enfermeros me torcieron los brazos quitándome las tijeras, después de mucho esfuerzo lo lograron. Seguía gritando, pero el dolor me venció, les pedí clemencia. Me arrastraron a una pieza aislada donde se veían tres camas, todas desocupadas, en la del centro me amarraron de pies y manos sin que

podiera mover nada, fuera de la cabeza. Me crucificaron; los demás locos se arremolinaban en la puerta, viendo el espectáculo. En esas alcancé a ver a Giovanni, otro paciente en la puerta de entrada. Comencé a gritar: Giovanni es Pablo Escobar, Giovanni es Pablo Escobar. Así seguía gritando, los pacientes se reían, los enfermeros se preocupaban y yo, aterrorizado. Me pusieron varias inyecciones que no tuvieron ningún efecto calmante si eso era lo que buscaban. Era tanto mi terror que los enfermeros hicieron retirar a todos los pacientes. Después de revisar muy bien en qué circunstancias me dejaban, cerraron la puerta dejándome solo. Vinieron dos o tres veces más a revisarme, por fin se alejaron sin regresar en toda la noche. No sé si dormí, pero no lo creo. Mi estado de excitación era excesivo. De pronto caí en la cuenta de mi situación en la pieza: eran tres camas, yo ocupaba la del medio, repentinamente las camas se transformaron en cruces, estaba en medio de ellas y allí veía a dos personas. Comencé a gritar: ¡Yo soy Jesucristo!, ¡Yo soy Jesucristo! Por extraño que parezca no alcancé a relacionar esto con la espera de toda la tarde, aunque evidentemente se relacionaba. Nadie escuchaba, pero seguí gritando. De pronto me calmé, comencé a conversar con los de las cruces, repetí la conversación de Jesucristo con los dos ladrones que lo acompañaron en su crucifixión.

Después de bastante rato, los dos ladrones desaparecieron. Ahora aparecían dos desconocidos y, en el centro, yo ya no era yo. También me convertí en uno de mis familiares, no recuerdo en cuál. De pronto, los rostros de los tres comenzaron a girar, nada se veía de ellos hasta que se detenían los tres al mismo tiempo y yo veía tres caras, unas veces de mis familiares, otras las de

tres de mis amigos de infancia, en otras una mezcla de ellos. Ese loco girar duró mucho tiempo. Fueron apareciendo las caras de todos mis familiares y amigos. Al final, ya cerca del amanecer, se detuvieron, en la cama de mi derecha aparecía la mujer que nos crió, en el centro me encontraba yo, normal, y en la derecha aparecía Alberto, el menor de mis hermanos hombres.

Pensé: ¿Con que esas eran las personas que no podía reconocer? Extrañamente mis vecinos desaparecieron y quedé solo y calmado, la pesadilla terminó. Eran cerca de las seis de la mañana, lo sabía por la luz que se filtraba por debajo de la puerta: ya no eran las bombillas, que veía esporádicamente en la noche, sino luz natural. Intenté moverme desesperado por las cuerdas que me ataban. No sé cómo pude soportar esas ataduras por doce horas, pero lo hice. Pacientemente esperé a que llegaran los enfermeros y no pasó mucho tiempo antes de que abrieran la puerta. Al entrar saludaron con amabilidad y preguntaron cómo amanecí. Les solicité que me desamarraran, me preguntaron que si lo podrían hacer con tranquilidad, si ya estaba calmado. Les dije que sí y me desamarraron con mucha prevención, cuando se dieron cuenta de mi tranquilidad, me permitieron levantarme y salir de la habitación.

A las siete y treinta de la mañana nos dieron la medicación. Antes me daban una pastilla en las mañanas y, ahora, venían con unas doce que vigilaron celosamente que me las tomara todas. A las ocho de la mañana desayunamos y, al poco tiempo después de terminar, me vi casualmente con mi médico, me preguntó, sin mucho interés, por lo que pasó y no le dije nada. Ocho días después salí del hospital como si nada hubiera pasado, pero esas veinticuatro horas permanecerán siempre en mi memoria.

Era un pillito

(mención especial)

Por María Eugenia Villa

Entró hablando por teléfono y se acomodó en la sala mientras la atendían. Pasados unos minutos atrajo su atención un chico alto, delgado, que caminaba hacia la recepción con movimientos provocadores, seguramente buscando que se fijaran en su extraña belleza. Llevaba el pelo corto, pintado de un rubio extra claro. Su figura frágil estaba enfundada en un enterizo camuflado azul que hacía resaltar unos expresivos ojos grises. Con ese uniforme –visto de espalda– parecía una chica.

Ella, Alicia Suárez, no lo había visto antes. Cuando la dueña del salón lo llamó para que la atendiera, se lo presentó como Juanito. Ella le contó a Alicia, que empezó contratándolo por algunas horas para que se alejara de malas amistades, y se fue dando cuenta de que era bueno para todo, hasta para consentir a sus clientas preferidas. Se daba sus mañas: de su locker sacaba productos finos que le regalaban sus amigas –mujeres de traquetos–, que manejaban buen billete.

Tiempo después, Alicia llegó una tarde para su cita semanal. La sala estaba un poco sola y, desde la recepción, escuchó la voz de Dora, quien hablaba con Juan, mientras esperaba que una de sus hijas la recogiera. Ella era una señora encantadora, madre y abuela de un batallón, que siempre tenía un motivo para pasar por la estética.

Ese día, Dora le decía a Juan que dejara de ser la niñera de sus amigas, porque los hombres que vivían con ellas eran peligrosos. Él, incomodo, esbozó una amplia sonrisa, mientras con sus manos de dedos largos bien cuidados, acarició y revolvió su escaso cabello. Este gesto le dio cabida a Dora para decirle a Juan que se iba a quedar calvete con tanto menjunje que se echaba. Él,

tratando de justificarse, empezó a contar que desde los doce años le gustaba que todos los pelos de su cuerpo fueran del color del trigo. También le contó que se paraba en pelota en el patio de la casa, empapado en rocío de oro, de pies a cabeza. Así, con sus pelos claros, atraía al rector del colegio, que, con tal de que él pasara con cualquier pretexto por la rectoría y se dejara dar un beso, le daba unos pesos para ir a comprar helados con sus amigos. Cuando Dora escuchó esto, juntó las manos mirando al cielo mientras exclamó:

—¡Dios mío! ¿Y dónde estaba la mamá de este muchacho que lo dejaba hacer esas cosas?

Juan, que ya estaba dedicado al arreglo de los pies de Alicia, sin levantar la cabeza, murmuró:

—¿Mi mamá? Yo no sé por qué me tuvo... Cuando yo nací, ella era una mujer sola y hasta vieja para haberse metido en esas... Yo me cuido solo y, si no fuera por mi abuelita, seguro que no me hubiera criado.

Dora lo miró conmovida. Pasados unos segundos, él la miró con ojos ensombrecidos y continuó hablando de su madre:

—Mi mamá, en vez de cuidarme, siguió con su vida como si nada hubiera pasado. Todos sus días empezaban al medio día... —Juan buscó en su mesa de trabajo la botella con el removedor de color, y siguió hablando de las ocupaciones de su madre—... Ella se levantaba tarde para maquillarse y salir a vender el chance, a comprar roncito. Regresaba a la casa para volver a maquillarse y volver a salir para vivir la noche —dicho esto, se levantó y se fue para atender el llamado que le hicieron por el altavoz.

Dora, conmovida hasta las lágrimas, lamentó las palabras dichas, recogió la cartera, canceló la cuenta y se fue.

Juan regresó y, muy callado, continuó con el maquillaje de las uñas de Alicia.

Pasados unos minutos, Leo, la otra manicurista que atendía a la cliente del lado, le preguntó:

—Juan, ¿qué le pasa?, ¿qué le dijeron que volvió tan callado? —él la miró sin pronunciar palabra; luego miró a Alicia, y ella estaba concentrada en la lectura de una de las tantas revistas disponibles. Estaba pálido, se mostraba confundido y asustado.

—Nada —le contestó— solo que me quedé pensando por qué mi mamá llamó para darme esa noticia —después de un corto silencio, agregó:— Es raro, a ella le fastidiaba que “el Jonathan”, como ella le decía, llegara a la casa con cualquier chuchería, diciendo que era para su novio, para su Juan hermoso.

La sala de manicure siguió en silencio. Ellas no entendían lo que él les quería decir. Alicia y la otra cliente miraron a Juan y él se sintió autorizado para continuar con los pormenores de la llamada. Y entonces, en un tono más bajo, les dijo:

—¿Saben qué? Apenas cogí el teléfono, mi mamá, sin preguntar siquiera cómo amanecí, muy asustada me dio la noticia: “Acaban de matar a tu novio, al Jonathan”.

—¿Qué? —preguntaron en trío las mujeres. El interrogante flotó en el ambiente porque Juan, dicho esto, se encaminó hacia su locker. Regresó, des- tapó una de las cremas que trajo para continuar con el arreglo de las manos

de Alicia, y enseguida les contó que lo que le pareció extraño de lo dicho por su madre, fue que se hubiera referido al muerto, como su novio. Las dos clientas se miraron en silencio, mientras la compañera miraba a Juan con una pregunta en sus pupilas.

Él continuó con el trabajo que hacía en las manos de Alicia. En seguida, como esculcando sus recuerdos, añadió:

—Jonathan y yo fuimos juntos a la escuela y después al colegio. Nos sentíamos muy bien juntos. ¡Qué pesar! Desde la escuela nos queríamos mucho y, después en el bachillerato, hasta nos “bluyiniábamos”. (1)

Se sonrió con malicia y, avergonzado por lo que acababa de decir, se quedó callado. Su compañera terminó el maquillaje y las uñas de su clienta y la acompañó hasta la salida.

Leo regresó enseguida y se sentó a los pies de Juan en la pequeña silla que utilizaban para hacer el pedicure. Alicia adivinó en su rostro la intriga y, efectivamente la chica en voz baja le preguntó a Juan sobre aquella historia.

—Yo no sé a qué horas Jonathan se metió en líos... —le manifestó Juan— nosotros no nos volvimos a ver desde que salimos del colegio. El año pasado, él apareció en la casa de la mamá. Volvió muy cambiado, solo salía por el vecindario en las noches, y no visitaba lugares muy concurridos —suspiró suavemente y agregó—, últimamente fue que le dio por decir que era mi novio.

Pasados unos minutos, Juan continuó:

—Jonathan, era un matoncito. Yo nunca le paré bolas pero él me regalaba cosas cuando me veía y hasta me las llevaba a la casa... —se quedó pensativo, seguramente recordando a su amigo desde la infancia.

–¿Cómo así? –preguntó la chica– ¿No te daba miedo sabiendo que era un sicario?

–¡Que sicario ni que nada! Jonathan era un pillito, de esos a los que no les pagaban más de tres pesos por levantar algún fulano –respondió.

–Y entonces, ¿qué fue lo que le pasó? –volvió a preguntar la chica.

–Le deben haber montado un video –contestó Juan como si nada.

Ella insistió:

–¿Le inventaron algún chisme?

–¡No! Seguramente lo engañaron, le dieron motivos para que fuera por allá donde lo mataron.

–¿Y? –preguntó ella con ansiedad.

– ¡Ah... No! ¿Usted no entiende? Pues que le picaron el arrastre (2), lo hicieron pasar la frontera (3).

Ella, sin decir palabra, se retiró de la sala.

Juan, alorado, terminó de hacer el masaje en las manos de Alicia.

–Señora Alicia, sus manos están listas, hermosas como siempre. –Y se levantó mientras dijo:– Jonathan tenía que saber que en la escuela de la vida no se puede repetir –y con su caminado de siempre, se dirigió a la recepción para recibir al cliente de turno.

(1)Bluyinear: simular acto sexual con la ropa puesta. Implica que ambas personas tengan pantalón, no necesariamente tiene que ser un bluyín.

(2)Picar arrastre: seducir, llevar personas con engaño.

(3)Frontera: fronteras invisibles, lugar vedado dentro de un vecindario, a los que en ese territorio no habitan.

Cali

Cuentos escritos: 148

Narraciones orales: 69

Centro Cultural Comuna 1

Sala Jorge Luis Borges

Biblioteca Comunitaria "La Maria"

Biblioteca Comunitaria B/ El Dorado

Biblioteca Comunitaria B/San Pedro

Centro de Emprendimiento Cultural

Biblioteca Nuevo latir

Central Didactica Barrio el Vallado

Biblioteca Comunitaria "Gabo"

Centro Cultural Comuna 18

Centro Cultural Comuna 20

Biblioteca Comunitaria "La Guaca"

Biblioteca Comunitaria "Isais Gamboa"

Biblioteca Comunitaria Barrio el Troncal

Biblioteca Comunitaria Barrio la Floresta

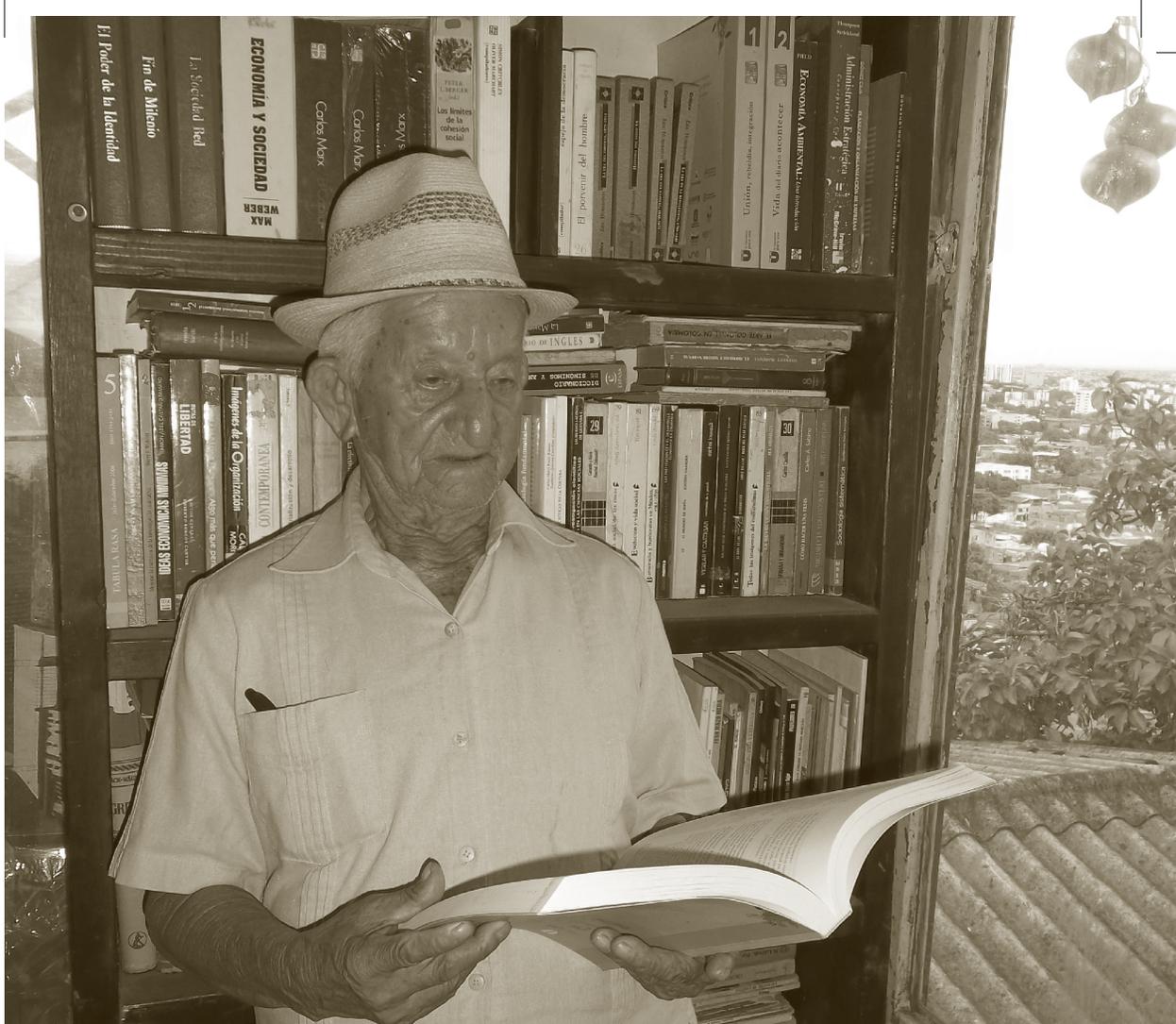
Biblioteca Comunitaria "Leon de Greiff"

Biblioteca Comunitaria Corregimiento Buitrera

Biblioteca Comunitaria Corregimiento La Elvira

Biblioteca Corregimiento Montebello

Biblioteca Corregimiento Cascajal



Diariamente la Red de Bibliotecas Comunitarias de Cali recibe a cientos de personas mayores interesadas en la literatura. Durante el concurso Historias en Yo Mayor, los promotores de lectura acompañaron el proceso de creación de los adultos.



Algunos asistentes de la Biblioteca Nuevo Latir, en Cali, siguen las indicaciones de la tallerista antes de comenzar a escribir sus historias para el concurso. En total se recibieron más de 140 cuentos en toda la ciudad.



Incluso los más jóvenes ayudaron a las personas mayores durante las jornadas de formación del concurso en la Biblioteca Pública del corregimiento de Montebello. En esta ocasión el calor se manifiesta y hace necesario mojar la palabra.



Más de 400 personas mayores asistieron a los talleres de Historias en Yo Mayor en la ciudad de Cali; en esta imagen, el grupo de la Biblioteca Pública del corregimiento La Buitrera presta atención a la tallerista.

Apartamento 207

(Primer Lugar)

Por Hernando Aldana Velásquez

–Dígale que siga –le digo al portero por el citófono. Abro la puerta y me dice mi amiga:

–¿Y esas ojeras?

–Pues que estaba durmiendo, cuando quedé sentada en la cama con el primer estruendo. Con el segundo y un madrazo seguido de reclamos, gritos y más golpes, me di cuenta de que era otro agarrón de las vecinas. Miré el reloj del nochero.

» ¡Las tres de la mañana!, grité a todo pulmón.

» Mi grito quedó ahogado en el golpe seco de algo que cayó con violencia al suelo. Traté de escuchar el contenido del alegato, pero, aparte de los putazos y otras hortalizas, eran los mismos reclamos, los mismos insultos, las mismas palabras. Me dirigí a la cocina, tomé una manzana, la partí en rodajas finas y la puse a hervir en una taza de agua. Volví al cuarto y me puse los tapones para el ruido que me diste. Los amasé hasta reducirlos y los introduje en cada uno de los canales auditivos, como me explicaste, lentamente se esponjaron y se hizo la paz.

–Son buenísimos –dice mi amiga.

–Entonces me senté en el estudio con la puerta cerrada, el lugar más alejado de esas brujas. Bebí a sorbos la infusión de manzana, leí. Estaba empezando a cabecear cuando atravesó los tapones el sonido de un golpe contra algo que produjo un sonido blando y un gemido largo que luego se fue apagando.

–¡No!

–Ahora sí se mataron, pensé con un cierto gusto –me mira mi amiga y

levanta las cejas.

» Me dirigí al cuarto, acomodé las almohadas, prendí el ventilador, más por crear una cortina de sonido que por calor, y me recosté. A la espera de los siguientes gritos y golpes no pude pegar los ojos. Ya eran las cinco y desde el último round de mis adorables vecinas, solo se oía el silencio. ¿Será posible tanta paz?, pensé. Me quité los taponés. Fui a la cocina a moler café en la maquinita eléctrica, un ruido intenso y largo para esa hora. Lo molí con saña, pero no escuché ninguna protesta. Empecé a imaginar la escena. La hija había tomado una de esas sillas de estilo y se la había descargado en la espalda a la madre que en el suelo se arrastraba para tomar el candelabro de bronce ensangrentado, cuando recibió el golpe y se dobló allí mismo. La hija caminó dos pasos tratando de llegar al sofá, pero no alcanzó. El golpe que le había propinado la madre en el centro mismo de la frente había llegado hasta el cerebro y desde esa herida emanaba un hilo intermitente de sangre que se abría paso entre fragmentos de masa encefálica.

—Pero vos sí sos.

—Salí del apartamento, traté de ver algún movimiento por el pequeño ojo de la puerta, pegué la oreja y no escuché nada. Bajé por el ascensor hasta la portería, tomé el periódico y subí. Antes de entrar me detuve un momento en la puerta de las vecinas. Entré a mi apartamento y me tomé el café en medio de un silencio sólido que ya empezaba a inquietarme. Me levanté y fui a la cocina por un vaso, lo llevé hasta la pared medianera en donde puse la base y en el otro extremo mi oreja. No escuché ningún sonido a través de ese rudimentario estetoscopio.

—Ésa sí no me la sabía.

—Pensé que la hija había matado a la madre con un golpe fuerte y luego abandonó el lugar. Más tarde, pensé que la asesina había sido la madre y estaba sentada al frente del cadáver pensando qué hacer con el cuerpo. Al final de la tarde me las imaginaba una encima de la otra, en medio de un charco espeso de sangre que había perdido el brillo y ya empezaba a secarse con el calor —mi amiga me miraba y, en silencio, movía la cabeza de un lado al otro.

» De pronto entró una mosca, se paró a mi lado sobre el poyo de la cocina y empezó a acicalarse con las patas delanteras. Era una mosca verde y, de inmediato, pensé que venía de donde ellas. Tomé un limpión y lo descargué con violencia, la mosca le hizo el quite y salió por donde había llegado. De inmediato cerré las ventanas. Era una mosca verde, una sola, de todas maneras pensé que era una especie de señal y debía llamar a la policía, pero me abstuve, ya había pasado mucho tiempo y entonces de seguro que me iban a acribillar a preguntas.

—Ni modo.

—Salí del apartamento, miré la puerta de enseguida, no vi ninguna mancha de sangre saliendo debajo de la puerta y ensopando el tapete de estopa con la palabra ‘Welcome’ encima. No había moscas ni olía a muerte. Bajé por el ascensor con varios vecinos, ningún silencio helado ni comentarios sospechosos, solo el silencio normal de las personas en los ascensores, el lenguaje de las cejas y la mirada baja tratando de no intimar con ningún vecino. Pasé al supermercado de la esquina, es como una tienda de barrio, con mejor presentación, pero con el mismo olor a bananos maduros y cilantro, y con la ventaja

de que escuchas todo lo turbio que ha pasado en la últimas horas en boca del carnicero y las señoras que hacen turno. Sin embargo, no escuché nada sobre la escandalosa pelea entre dos mujeres en un segundo piso.

–Muy raro.

–Me fui caminando por entre las góndolas mientras pensaba que yo no podía haber imaginado tanto grito, tanto ruido, tanta violencia y menos a esas horas. Entré por el corredor de toallas para esos días y las miré con cierto desprecio, yo ya no era una de sus esclavas –mi amiga sonríe.

» Seguí de largo hasta el estante de los licores, debía tener por lo menos una botella de vino para celebrar el deceso de las vecinas.

–No me hagas reír.

–Mientras escogía el vino, escuchaba las promociones del día por los altoparlantes, hablando del cliente ganador de una licuadora de catorce velocidades y un fabuloso vaso pitillo, luego salsa y, en medio, colándose, una conversación. Afiné el oído, eran dos mujeres, una tenía la voz cascada y hablaba en voz baja; la otra, un tono agudo, también hablaba en voz baja. Yo seguí mirando etiquetas y precios, recorrí todo el estante y terminé comprando el vino que siempre tomamos. De nuevo las voces, atrás de los licores, siguieron robando mi atención. Paré oreja, no había duda alguna: ¡Mis vecinas!

–¡No! –dice mi amiga y se cubre el rostro con las manos.

–Esa escoba no sirve porque se descogota, ni ese recogedor porque le pasa lo mismo, dijo la voz cascada.

» Entonces escoja usted, dijo la voz aguda con tono seco.

» ¿Vamos a empezar otro agarrón?

- » ¿Cómo se te ocurre? Siempre compras lo peor que encuentras.
- » Descuida, no volveré a comprar ninguna escoba.
- » Y, entonces ¿con qué vamos a barrer el apartamento?
- » No tengo ni idea, madre, porque yo me voy a vivir con Raúl.

El pantalón delator

(Segundo Lugar)

Por Jaime Ademir González

Eso fue hace años. Viernes si no ando mal, viernes por la noche. La historia es más real que los árboles de chiminango del pueblo. Los que fuimos testigos no nos vamos a olvidar de esa vaina, mientras nos quede algún soplo de vida. Claro que algunas veces, cuando ocurren eventos de ese género, entre los presentes se forma sin proponérselo una especie de manto de silencio compasivo y se vuelve tabú hablar del tema. Debe ser que el cariz bochornoso del asunto hace que aflore en los humanos la santa piedad, la compasión que todos llevamos dentro, pero de escasas apariciones; esa que sacude la conciencia de las personas y las hace caer en la cuenta. Aunque entre el grupo había más de una lengua viperina, de esas bravas y filosas, que le quitaban la honra a una vaca, siempre listas para contar bochinchas de cualquier lava, risueños y bromistas, escatológicos y crueles, expertos en rajar de las niñas volantonas del pueblo, este asunto en particular no salió a flote de manera pública. Del tema siempre se habló en susurros. La gente que lo presencié mantuvo un silencio respetuoso, y quizá lo comentaron al interior de sus casas por supuesto, porque la cosa fue de dominio público en su momento, pero muy de seguro con advertencias imperiosas de guardar el secreto. Quizá más de uno en el pueblo se dio cuenta por interpuesta tercera persona. Los presentes se guardaron la noticia muy en sus círculos íntimos, quizá no tanto por respeto a la protagonista como a su marido, el afectado, Don Pedrito Longo. Eso fue una cosa bien seria, mucho más en esos tiempos en que se amarraban los perros con longaniza.

La señora, Doña Mirta Trigales, no le caía bien a casi nadie en la vereda. Era una dama altanera y arrogante, amiga de generar roces con los vecinos

por bobadas pendejas.

Hay que reconocerle que era una mujer de muy buen ver: alta, blanca, teta erguida, buen trasero, de una larga cabellera negra y ondulada, de rostro armónico y bonito. Pero esas cualidades las opacaban su mal carácter y altanería.

Se tenía en alta estima y se consideraba una persona de ciudad, con supuestos parentescos de considerable alcurnia; por ese motivo miraba muy por encima del hombro a la mayoría de los vecinos del caserío, gente de bien como en todos los pueblos, pero bastante humilde y de recursos bien escasos. A pesar de afrontar los mismos breves económicos por los que pasaban los demás, siempre estaba haciendo alarde de que a sus hijos les preparaba las mejores viandas, según ella no por el aporte de su abnegado esposo a quien a menudo pordebajeaba, sino por el apoyo de sus parientes de la ciudad. Se comentaba en el vecindario que muchas veces, aunque a duras penas tuviera tan solo una simple agüita de panela con pan para el almuerzo de sus hijos, a esa hora daba estridentes voces para indicar a sus vecinos cercanos que el manjar era muy otro, y a voz en cuello se dirigía a los niños: “¡José Luis, cómase por favor toda la carne! ¡Ana Luisa, ni se crea que me va a dejar la presa de pollo! ¡Pedro Pablo, caramba, se me toma sin falta toda la leche!”. Eso en tiempos en que comer pollo y tomar leche eran lujos inusitados para la mayoría que se defendía con arrozito, algún huevito entreverado, frijoles y agua de panela.

Por el contrario, Don Pedro Longo, su marido, era un buen hombre. Un tipazo bonachón y sereno. El polo opuesto de su beligerante esposa. Era un todero el hombre; le jalaba al trabajo que encontrara con tal de llevar el

sustento a su casa. Había sido, y me consta, melero de trapiches paneleros, supervisor de corteros de caña, vendedor fracasado de cortes de tela de puerta en puerta, talabartero, reparador de monturas, hojalatero, incluso amansador de potros. Por esos tiempos había logrado conseguir una coloca en un trapiche panelero como a veinte kilómetros del pueblo. En aquellos tiempos en que había que andar a pie o en bestia, eso era un viaje de cuatro o cinco horas. De manera que el hombre se venía para la casa todos los sábados después del mediodía, con el pago semanal entre el bolsillo para el sustento de su prole, y se volvía a marchar el domingo en la tarde.

Recuerdo bien que la cosa fue un viernes en la noche. Me imagino que nuestro hombre casi nunca regresaba los viernes. Nosotros estábamos en la cantina que tenía el finado Rafael Gallo, alma bendita, que estaba casi enfrente de la casa de Don Pedro. Era una casita blanca, con techo de paja, casi toda rodeada de un alto cerco de tunas. En ese entonces eran muy usados los cercos vivos y esos de tunas espinosas eran los preferidos pues quedaban tupidos y no pasaba ni la luz, mucho menos las gallinas que criaban, los perros callejeros y los esporádicos rateros. Estábamos los cochosos de costumbre, tomando aguardiente, los unos, y canastadas de cerveza, los otros. Eran ya como las 10 de la noche y, por supuesto, la mayoría de la gente del pueblo, que en ese tiempo se acostaba con las gallinas, rayando las ocho de la noche, estaba ya durmiendo. No se escuchaba sino la música de la vieja vitrola del finado Rafael, que no era de muy alto volumen, y la conversación enrevesada y caótica de todos los contertulios que ocupaban las seis mesas del establecimiento. Alcanzamos a escuchar los primeros toques suaves en la puerta prin-

cipal, y los llamados medio susurrantes de Pedro: “Hola Mirta, soy yo”. En esos tiempos había que tocar, pues las puertas se abrían y cerraban con unas llaves inmensas, como eran las de San Pedro, y no existían esos llavincitos de hoy día, que uno puede cargar fácil en cualquier bolsillo. Silencio. Luego los siguientes toques un poco más fuertes. Lo mismo. Silencio. Ya los terceros toques a la puerta fueron acompañados por unos llamados un poco más fuertes: “ ¡Mirta, despierte pues, abra rápido!”. Nada. Era como si no hubiese nadie en la casa. Ésta tenía una puerta por la parte de atrás que daba al patio, encerrado también por el cerco de tunas, por los lados de la cocina. Luego de la cuarta serie de toques, que ya sonaron algo más fuerte, todos estábamos completamente concentrados en el asunto, y las conversaciones habían comenzado a silenciarse porque todo el mundo estaba como alelado, pendiente del asunto. Los que estábamos cerca de la ventana pudimos ver cómo después de esos últimos toques, el hombre cogió para la parte de atrás, seguramente a ver si por la puerta trasera de la cocina podía entrar o le escuchaban mejor. Estábamos pendientes de ver cómo seguía la cosa, cuando de repente, vimos la puerta delantera de la casa empezar a abrirse muy lentamente, y a renglón seguido, una especie de sombra vestida de blanco empezó a emerger con mucho sigilo. Parece que en ese momento la bendita puerta chirrió, o se produjo algún ruido imprevisto que no escuchamos. Lo cierto es que al momentico, casi al instante, vimos aparecer como una exhalación a Pedro, por la esquina de la casa, y abalanzarse machete en mano, porque lo vimos platear, contra la sombra blanca que trataba de alejarse de puntillas. Sentimos el primer guascazo que retumbó muy fuerte y todos nos sobresaltamos, pues pensamos que

había sido un machetazo de filo. Pero no. Fue solo un planazo terrible en la espalda que envió a la sombra blanca de bruces al suelo y le sacó un fortísimo lamento. Ante estos hechos, varios de nosotros salimos como cohete a tratar de evitar una catástrofe con muerto y todo. Entre varios agarramos a Pedro que ya le había metido como cuatro planazos a la sombra blanca en el suelo, mientras le gritaba a todo pecho “¿Qué hacías en mi casa, maldito degenerado?”. Fue una suerte que no le diera por el filo del machete porque lo mata en un dos por tres. Ya con Pedro dominado, aunque echaba babaza por la boca, agarrado como por cinco personas entre las que se retorció y arqueaba como culebra, algunos fuimos a ver qué le había pasado y quién era la misteriosa sombra blanca. Allí nos topamos la primera gran sorpresa de la noche, pues el hombre resultó ser nuestro querido amigo Dositeo Antares, arriero de profesión, soltero y conocido de todos en el lugar, que solo clamaba, “¡No me vayan a dejar matar muchachos!”.

La cosa se acabó de complicar cuando apareció en la puerta de la casa Doña Mirta, en camisola de dormir, desmelenada, gritando con su fuerte voz de siempre: “¡Soy inocente, Pedro, soy inocente!”. Con una voz que parecía la de una fiera salvaje y que ninguno le había escuchado antes a Pedro Longo, le gritó de manera imperiosa: “¡Éntrese de inmediato para la casa, perra vagabunda sinvergüenza!”. Entre otras cosas, fueron casi las últimas palabras que se le oyó pronunciar en el pueblo al hombre, pues después de esa noche, jamás de los jamases se le volvió a ver un pelo. En el alboroto que se armó, la gente empezó a salir de las casas vecinas. Luego apareció el inspector de la policía con dos agentes, a averiguar lo que estaba pasando. Después de las

primeras indagaciones y pesquisas de rigor, como no apareció sangre por ninguna parte, ni Dositeo presentó denuncia alguna por la tanda de planazos, ni Pedro hizo mención de nada de lo ocurrido, el inspector dijo que no quería más escándalos y mandó a todo el mundo a marcharse a su casa, e hizo cerrar la cantina de Rafael.

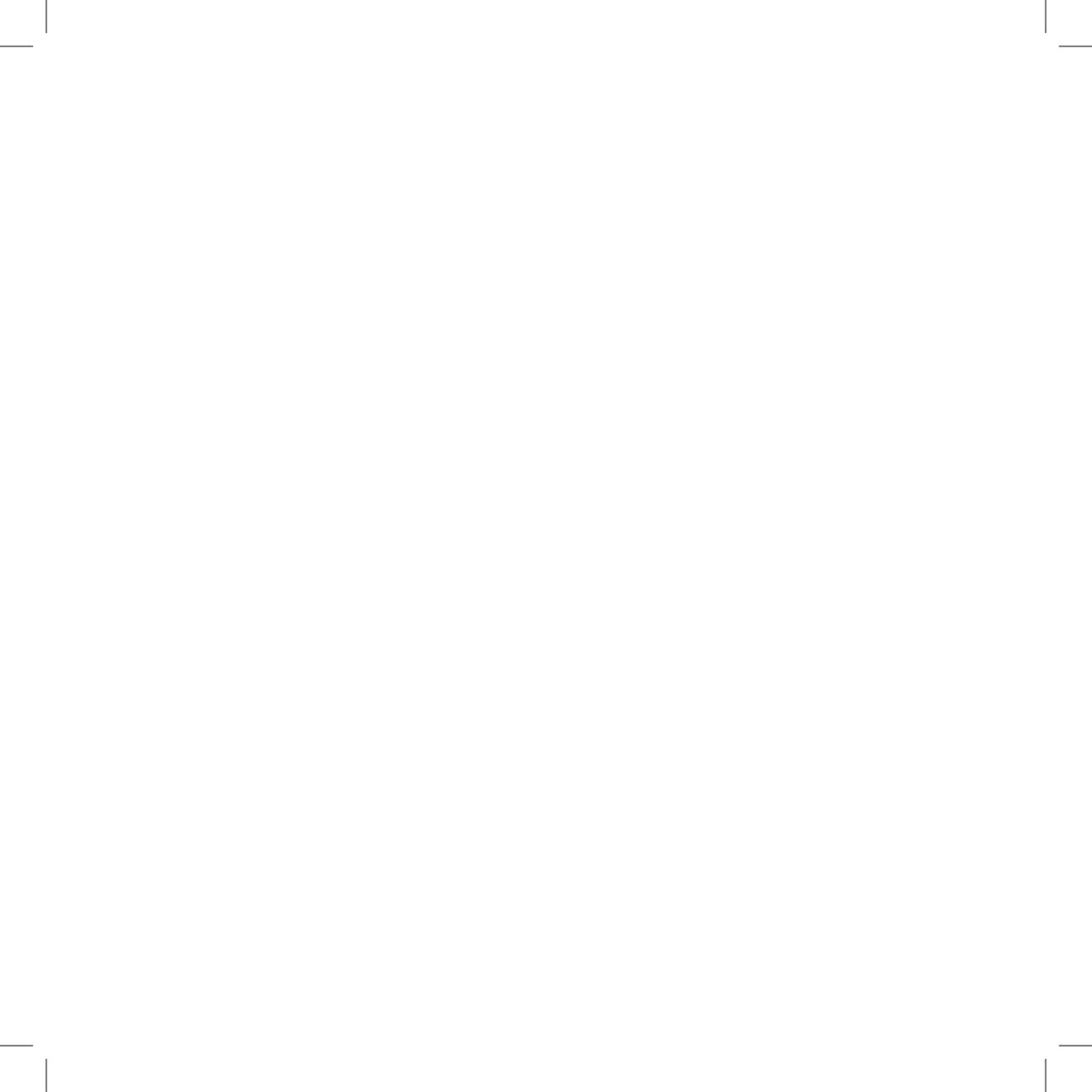
Entonces, Pedro le suplicó a los que todavía lo tenían agarrado, que por favor lo soltaran, que les juraba que no iba a hacer nada. “Suéltenme muchachos, les prometo que no voy a alzar un dedo contra ese maldito ni contra esta vieja sucia”. Con la venia del inspector, que sin mucho averiguar había captado la cosa, lo soltaron y, en efecto cumplió, pues desde ese momento el hombre se escurrió entre la gente y hasta el sol de hoy.

La segunda y gran sorpresa ocurrió cuando logramos levantar del suelo a nuestro dolorido amigo, Dositeo Antares, y, en ese momento, confirmamos con prueba física que los alegatos de absoluta inocencia de Doña Mirta eran del todo falsos. De seguro por los afanes, el nerviosismo y las carreras, el amigo Dositeo se había puesto los pantalones con la bragueta para atrás.

Dos es uno

(Tercer Lugar)

Por Luis Ricardo Barreiro



Hoy recibí la visita de Érika. Al verla noté en su rostro una mezcla de euforia y angustia. Agitaba sus brazos como si fuese a levantar vuelo y fruncía sus labios en un nervioso rictus, a la vez que sus ojos me inundaban con un resplandor extraño que tuvo el efecto de ponerme en alerta sobre el objeto de su sorpresiva llegada. Me dijo que se hallaba presa de una fantasía, que se sentía sumergida en el vientre de un sueño que era quizás una alucinación de la que aún no había podido salir. De modo que aquel instante preciso en que se hallaba ahora conmigo, luego de haber caminado desde su casa hasta aquí, hacía parte de esa alucinación. Era consciente de que su presencia en mi habitación y lo que me decía no eran una vivencia normal, sino una prolongación de su actual estado mental. Sintió la necesidad de buscarme para que yo hiciera parte de esa fantasía, porque temía hallarse sola a merced de los pensamientos que la asaltarían, mientras durara aquel trance de irrealidad en que estaba atrapada. Además, me buscó para que, en caso de no poder superar el trance, yo pudiese ayudarla, desde su interior, a fraguar un escape y retornar a la normalidad.

Sin embargo, no estaba del todo segura de querer, de veras, volver a la cotidianidad de una vida real que no le producía ninguna excitación. Sentía miedo de quedar prisionera definitivamente en esa experiencia delirante, pero a la vez también sentía pocos deseos de forzar el retorno a la normalidad, al menos durante un tiempo, porque lo que estaba viviendo —y quería compartir conmigo— le proporcionaba una emoción antes no experimentada: hallábase poseída de una embriaguez que era una excitación casi mágica, en la que su sensibilidad fluía hacia una elevación cósmica de su naturaleza femenina.

Érika es una estudiante de Derecho que siempre anda a la caza de emociones. Creo conocerla lo suficiente para sospechar, con alguna certeza, que la existencia para ella solo tiene significado en situaciones cargadas de intensidad. Fuera de estos momentos –donde, a su juicio, la naturaleza humana afirma su verdadero ser– ella flota en la nada. Su ser está inundado de interrogantes que solo pueden ser resueltos en eventos de fuerza y plenitud, más allá de los cuales se extravía y deambula aleatoriamente, semejante a una pájara que se posa impaciente y rauda de una rama en otra.

Yo trato de no tomarla en serio todas las veces, para evitar reforzar sus ímpetus emocionales y su vehemente deseo de desafiar la realidad que la envuelve, pues sé que no soportaría el dolor de ver frustradas sus aspiraciones juveniles de cambiar el mundo que el destino le ha puesto en frente. De modo deliberado, vive en persecución de experiencias que la arropan en un hálito de embriaguez y que ella misma llama “vivencias en el límite”. Vive con el arriesgado deseo de ser lanzada a un ámbito de irrealidad donde le sea posible descubrirse a sí misma y extraviarse en los laberintos de su insondable interioridad.

Sobrecargada de excitación, se sentó junto a mí para contarme lo que le ocurría. Sus palabras llegaron a mis oídos como brasas incandescentes. “Una ráfaga de aire –me dijo– se introdujo bruscamente por la ventana de mi habitación, en el momento en que terminaba de leer los apuntes de la clase de sociología y, como impulsado por una voluntad misteriosa, dibujó en el espacio una punzante oleada que me atravesó la piel y se anidó en la corteza de mi cerebro, avanzó hasta mi conciencia y produjo un estremecimiento que me

envolvió en un desvarío de somnolencia. A continuación sentí que mis músculos se recortaban y se encogían en una madeja de carne roja grasosa, y mis huesos se derretían en una mancha acuosa que se resbalaba por las partes que iban quedando de mi cuerpo que, a su vez, lentamente, se empequeñecía hasta quedar reducido, al cabo de unos minutos, a un punto etéreo en el espacio, de modo que de mí no quedó más que una molécula vital. Se apoderó de mí la dolorosa sensación de que la materia de mi cuerpo se había desvanecido por completo, pero, a su vez, yo sentía, con extraña placidez, que todavía estaba ahí en él, porque desesperadamente logré aferrarme al recuerdo de la imagen de mi ser, grabada en la memoria de mi disco duro. Descubrí, alarmada, la cruda evidencia de mi actual estado: mi cuerpo se había evaporado, pero persistía aún irrevocable en mi conciencia. Yo no era, pues, más que la ficción de un delirio, alojada en el núcleo de esa molécula orgánica que flotaba en el espacio de la existencia”.

Comprendí, entonces, lo que le estaba ocurriendo a Érika: se había convertido en una idea, en una abstracción; veíase ella, a sí misma, puro pensamiento. Pero se trataba de un pensamiento extraño, inverosímil, porque lo sentía real y tangible, pues conservaba celosamente la materia sólida de su cuerpo, y le era posible, además, desde esa liviana interioridad, sentirlo, palparlo y escuchar con asombro las palpitaciones fluidas de su respiración. Pensó luego que debía —o tal vez lo quisiese así— acostumbrarse a esa transfiguración de su realidad corporal. Sentíase volátil y elucubraba que desde esa posición privilegiada se hallaba a salvo de las contingencias de este mundo que, en la normalidad cotidiana, le era imposible desasirse, como les ocurre

a todos los demás.

Debía yo, en consecuencia, llevar a cabo alguna acción que la liberase de ese estado amorfo en que se hallaba sumergida, pues si ella había buscado mi auxilio significaba que, en definitiva, no deseaba otra cosa que retornar a la normalidad. Ahora era yo quien se encontraba en dificultades, pues no sabía qué camino seguir. ¿Qué podía hacer? ¿Y si no hubiese solución? ¿Si esta escena no fuese más que una trama urdida por el inconsciente de Érika o si ella fuese víctima de un conjuro mágico en el que deseaba involucrarme? Estas preguntas, creía, me encaminaban en la dirección correcta. Absorto en esta dubitación estuve a punto de caer bajo el peso de la incredulidad, cuando, de pronto, un rayo de lucidez me sacudió y lo vi todo claro, como una revelación: sí, efectivamente Érika era puro pensamiento, ¡porque ella nunca ha existido!, salvo en mi imaginación.

Debo confesar, entonces, que Érika es, en verdad, una ficción que sembró mi fantasía y se arraigó como un poderoso árbol a la tierra, en los laberintos de mi psiquismo. Ella cobró materialidad y se hizo cuerpo en el corazón de mis ilusiones desde el día en que, aún joven, mi sensibilidad se quebró al descubrir, con inocente perplejidad, que estaban en lo cierto los filósofos que anuncian que los actos de la existencia no tienen dirección ni sentido alguno y, además, que no podemos saber, a ciencia cierta, si lo que creemos que somos es verdad o es solo una ilusión de nuestra conciencia. Sin embargo Érika es real: ella está aquí ahora, poseída de la carga irresistible de su existencia; no importa que lo sea bajo el disfraz de un pensamiento delirante. La veo pasearse de un lado a otro, escucho el ritmo tembloroso de su voz, tomo sus manos,

beso sus labios. Pero para que no se crea que puedo quedar atrapado en las redes de su alucinación, debo admitir que su presencia es un estado del alma, es la forma que ha tomado el espíritu de mis nostalgias perdidas. Es el norte de mis tristezas cansadas en el tráfago de mis utopías silenciosas.

Al anochecer le digo a Érika que salgamos a recibir el viento fresco de la calle, para descargar el sopor del aire tibio de la tarde que había provocado su delirio. “De acuerdo –me dijo– vamos”. Ya afuera se detuvo, sacó un pequeño espejo de su bolso de estudiante, lo puso frente a mí y, estupefacto, noté que no veía reflejado mi rostro; no estaba yo ahí. Érika me miró con tristeza profunda y, dibujando una mueca burlona, me dijo: “Amigo mío, tú no existes, no eres más que una ilusión de la trama de mis sueños despiertos”... Y, presurosa, atravesó la calle y se perdió en la espesa penumbra de la noche.